Memorias de Lana Baker

Maria Castro

Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

Tenía unos escasos siete años cuando la vi llegar; vestía un jean claro desgastado, con una camiseta blanca y un suéter de botones azul oscuro. Su pelo era una maraña de crespos negros que le llegaban a la mitad de la espalda y su piel era tan blanca como la nieve que caía en diciembre.

Pero lo que nunca podré olvidar son sus ojos, pequeñas almendras que carecían de brillo, que ocultaba tras una sonrisa amplia y cariñosa.

A esa edad no pude adivinar que aquella joven, con escasos veinte años, se convertiría en alguien tan importante para mí, y a quien, en mis ahora cuarenta años, le estaría dedicando este manuscrito, ante su ausencia y vacío, supongo que es lo único que puedo hacer por ella.

Sebastian Carpenter, 2020;

Capítulo 2

CAPÍTULO I

Me encontraba realizando la limpieza de fin de verano con mi esposa e hija, estábamos en el ático de nuestra vieja casa, obsequio de mi madre al querer mudarse a Kansas después del fallecimiento de mi padre, había vivido tantas cosas en esta casa que fui incapaz de venderla; y después de una larga discusión con mi hermana, ella aceptó en dejarme la casa a mí.

La casa tenía tres pisos, y el ático estaba en el tercero, las paredes eran de madera y el piso igual. Había una pequeña ventana en el techo que mi esposa había abierto para que el polvo acumulado tuviera por donde escapar. Teníamos tres gabinetes, el primero se encontraba en la esquina, donde guardábamos las decoraciones de las festividades, el gabinete era de plástico y tenía cuatro niveles. Junto a este, en el segundo, mi esposa guardaba sus útiles para pintar; sus lienzos, pinturas, pinceles y paletas. Y en el último, que estaba al otro lado, guardábamos los juguetes de Abigail, y la ropa de bebé que ya no le quedaba, además de sets extras de sábanas, cobijas y cortinas viejas que solían pertenecer a mi madre y padre.

Mi hija Abigail, de seis años, encontró bajo una sábana blanca un baúl pequeño, estaba lleno de polvo y pequeños insectos salieron espantados ante el movimiento que hizo Abigail al apartar la sabana de él.

- ¡Papi, hallé el tesoro de un pirata! - exclamó mi hija. Me observó con sus brillantes ojos azules y me dejó apreciar su bella sonrisa.

- ¿Qué hay adentro? - pregunté acercándome, poniendo de lado algunos objetos que se interponían en mi camino, sin saber la sorpresa que allí me esperaba.

Abrir aquel baúl requirió más de quince minutos, la tapa estaba pegada y tan llena de polvo, que mi esposa sugirió limpiarlo primero para no enfermar a Abigail.

Después de abrirlo, un pequeño libro se asomó por el baúl, junto a algunas cartas adjuntas y cuadernos cosidos en estado deteriorado.

Tomé el libro y lo abrí, era un álbum de fotografías viejas, pero no

pertenecían a mamá o papá, pertenecían a Lena.

- ¿Y ella quién es? - preguntó mi esposa junto a mí.

-Lena…- respondí vagamente, había dejado de pensar en ella después de que nos dejó en el ochenta y nueve, sin decir palabra alguna, sin dejar una carta, sin decir adiós. Mi esposa me siguió interrogando con la mirada-. Ella solía cuidarnos a mí y a Emma, estuvo con nosotros tres años, pero un día, repentinamente se marchó sin decir nada- expliqué volviendo a dejar el álbum donde estaba.

Pedí que restara importancia al baúl y que yo me encargaría luego de él, así que lo bajé a mi oficina y continué ayudando con la limpieza.

Al siguiente día tomé el álbum del baúl y lo guardé en mi portafolio para salir a trabajar, dejé a Abigail en la escuela y al llegar a mi oficina me dispuse a observarlo, todas las fotos de lo que habíamos hecho con Lena estaban ahí, desde nuestra primera ida a las montañas para poder esquiar un enero, hasta la fiesta de cumpleaños que habíamos celebrado para papá en sus cincuenta años; ahí estaba, mostrando aquella sonrisa que siempre la caracterizó, junto con su energía y carisma para con nosotros.

Entonces, una pregunta que no me había hecho en treinta años vino a mi cabeza:

¿Por qué Lena se había ido?

Recuerdo haberle preguntado una vez a mamá y su respuesta había sido vaga, tampoco se despidió de nosotros y una carta nunca había llegado. Hasta los quince años había pensado que Lena se había ido porque la habíamos aburrido y que había empezado a odiarnos.

Seguí observando el álbum que estaba lleno de recuerdos de ella, incluso contemplé hojas dobladas, delgados cabellos atorados en el pegante de las fotos, y sangre seca en una esquina, probablemente causa de un corte con papel.

-Doctor Carpenter- la voz de mi secretaria me volvió a la realidad-. Nos llegaron estos nuevos manuscritos de los lectores- me tendió al menos diez sobres-. Y le recuerdo que hoy a las dos tiene una conferencia en la

universidad nacional de Tenneessee.

-Gracias- acepté los manuscritos y los dejé a un lado, tomé el primero y extrañamente al leer la primera página, Lena, nuevamente vino a mi memoria. Un libro donde la historia empezaba en un manzano.

Capítulo 3

CAPÍTULO II

-Mira esta, Seb- me dijo Lena, mostrándome una manzana roja y brillante-. Y ahora esta- esta vez me mostró una que no se veía en tan buen estado-. ¿Cuál te comerías? - me preguntó con esa voz que solía ser suave y calmada.

-La más bonita, por supuesto- respondí, en aquella aventura tenía ocho años y Emma cuatro, a Lena le gustaba mucho llevarnos a las granjas a recolectar fruta cuando el verano estaba a punto de empezar.

Lena me negó en desaprobación.

-Esta estaba en el suelo- me advirtió-, así que es muy probable que tenga gusanos, y esta- me señaló la del estado reprochable-, soportó muchas lluvias y vientos, seguía en el árbol cuando la agarré. ¡Te he dicho más de una vez, Seb! No juzgues un libro por su portada.

- ¿Y qué tienen que ver los libros con la fruta? - pregunté irritado.

-Pues que estuviste a punto de comerte un gusano por creer que la manzana más bonita era la mejor- me regañó-. Juzga siempre las cosas por lo que hay en el interior, niño malcriado.

En ese entonces pensé que Lena solo me hablaba de frutas y libros, pero años más tarde, entendí a lo que se refería.

-Vamos ya, es tarde, Seb- me apremió Lena mientras tomaba a Emma de la mano y empezaba a caminar con la canasta llena de manzanas en la otra-. ¿Qué opinas si hacemos pie de manzana?

-Mejor hagamos zumo de manzana- respondí siguiéndola de cerca.

-Doctor Carpenter- me volvió a llamar mi secretaria-. Tiene una llamada de la editorial.

-Gracias- respondí atendiendo inmediatamente el teléfono-. ¿Hola?

-¡Sebastian! Cómo has estado, pensé que habías huido. Ha sido muy difícil contactarme contigo, cada vez que llamaba tu secretaria me decía que estabas editando, o en conferencias o en clases, llegué a pensar que estabas evitándome- reí al escuchar el apresurado comentario.

-Si llamas para saber cómo va el último capítulo, déjame decirte que no lo he terminado, porque he estado en clases, ediciones y conferencias. Nuestro acuerdo era que no me ibas a poner fechas límites para entregar mis historias. Yo les entrego mis novelas y ustedes las publican sin presionarme por fechas límites, Patrick- escuché a Patrick suspirar cansado detrás de la línea.

-Lo sé muy bien, Sebastian, pero, aunque tú no tengas fecha límite, yo sí, por favor tenlo en tu consciencia.

-No te preocupes, intentaré acabar lo más pronto que pueda.

-Gracias, Sebastian- dicho esto, con unas cortas palabras de despedida colgué el teléfono.

Abrí mi laptop y abrí el archivo donde se leía la palabra “Escape”, logré escribir unas breves palabras cuando dejé salir de mis labios un suspiro de cansancio, dirigí mi mirada a la torre de sobres sobre mi escritorio y cerré los ojos, casi queriendo escapar.

-¡Sebastian!- exclamó Lena, extrañamente enojada, mientras me perseguía hacia mi habitación.

- ¡No, no y no! - chillé, a los siete años, tumbándome en mi cama-. No quiero hacer la tarea. No y no.

-Entiendo que no quieras, pero huir de tus deberes no es una solución. Huir no es la solución a tus problemas, niño malcriado- aquellas últimas

palabras las dijo con una voz dulce y tranquila.

La observé en silencio.

-Es que son tantas cosas… Matemáticas, lengua y sociales- Lena se sentó en mi cama y empezó a acariciar mi pelo.

-Entonces empieza una por una, somos humanos, solo podemos hacer una cosa a la vez- explicó-, si vas a un ritmo constante y haces las cosas una por una, vas a ver que al final llegarás a tu meta- me sonrió.

- ¿Y me vas a ayudar?

- ¡Por supuesto! Voy a estar a tu lado todo el tiempo cuando me necesites.

Aquella noche sonreí, porque pensé que la promesa de Lena era para toda la vida, no sólo para hacer mis deberes.

La noche acarició la ciudad y mi reloj me indicó que era hora de volver a casa, aquel día todos mis pensamientos fueron dominados por los recuerdos de Lena y al llegar a casa, lo primero que hice fue tomar uno de los cuadernos que había dentro del baúl: la primera página estaba llena de cifras de dinero, escrito a un lado se leía el nombre de algunos países, como Canadá, México, España e incluso Rusia. Supuse que Lena estaba planeando un viaje, así que seguí leyendo aquel diario.

Las demás páginas contenían pequeños versos que Lena había escrito con su puño y letra, versos de poemas que jamás había visto antes.

“La noche que cae hoy,

No es la misma de ayer:

Porque la luna sigue sin aparecer,

Llenándola de solo oscuridad.

Aquella noche que una vez encontré hermosa

Aquella noche que me hizo romántica,

Se ha esfumado para siempre;

Porque con la misma mano que tapas el sol,

Has tapado mi luna.

Y con ella, mi esperanza.

LB, 1986”

“Érase una vez un cuento

Érase una vez una chica,

Esa chica, conoció un ángel,

Ese ángel eras tú.

Creí estar a salvo después de conocerte,

Creí en la felicidad de nuevo.

Pero, nuevamente aquí estoy,

En la oscuridad.

Llorando y anhelando,

Pues el dolor pasa

Pero las cicatrices quedan.

LB, 1986”

Los demás poemas eran iguales, sobre una chica que quería gritarle al mundo su desesperación y su dolor.

- ¿Por qué? - me pregunté. Lena siempre tenía en su rostro la sonrisa más brillante del mundo. Seguí leyendo, hasta que un nuevo poema llamó aun más mi atención:

"Las cuchillas no son suficiente,

El vino tampoco.

Las pastillas tampoco,

¿Qué tengo que hacer?

¿Cómo desaparece el miedo en el corazón?

Aquel que dicen, el coco, es muy real,

Pero no es un animal,

Es un humano, que me atacó,

Y lo hizo sin piedad"

LB, 1986"

Volteé hasta las últimas páginas, y no había ni una sola página que no tuviera un escrito. Tomé otro cuaderno, hasta que hallé los últimos poemas que Lena había escrito:

"Las pesadillas han vuelto,

Mis noches empeoran.

El coco ha vuelto,

Me pregunto una y otra vez,

¿Cómo me ha encontrado?

Aunque no puedo verlo, lo puedo sentir,

Aunque no puedo oírlo,

Sé que viene por mí.

LB, 1989”

Tomé el teléfono y llamé a mamá mientras tomaba el demás contenido del baúl.

- ¿Hola? - la voz de mi madre me recibió detrás de la línea.

-Mamá, cómo estás. Tengo una pregunta- hablé impaciente-: ¿te acuerdas de Lena?

- ¿Lena? Claro que sí, fue la muchacha que los cuidó cuando eran pequeños.

- ¿Sabes qué pasó con ella? - pregunté-. ¿Por qué se fue tan repentinamente sin decir nada? - observé como en el último poema la tinta de las últimas palabras había sido borradas y el papel estaba manchado, efecto del agua. Parecían rastro de lágrimas.

-No, Seb, no sé nada, ya te había dicho que de un día para otro se fue, nos dejó una carta…

- ¿Qué decía la carta? - interrumpí-. ¿Por qué no me dijiste antes?

-No recuerdo bien, pero sé que nos agradeció por todo, también decía que ella iba a estar bien, así que no decidimos preocuparnos por ella, tu padre dijo que a lo mejor fue por estudios. No te dijimos porque sabíamos que te ibas a poner aun más triste.

- ¿Y cómo llegaron a contratarla? - continué.

-Bueno, una amiga mía que vivía en ese tiempo en Nueva York me la recomendó cuando le dije que estaba buscando una niñera para ti y Emma. Pero por qué me haces todas esas preguntas tan repentinamente.

¿Es para tu nuevo libro?

-Sí, así es, mamá, es para mí nuevo libro- mentí, no creo que a los ochenta años mi madre pudiera hacer algo con la información que tenía en mis manos.

Colgué y seguí observando los diarios, en la última página del diario de 1989, se leía una pequeña frase, pero estaba claramente escrita; “necesito ayuda, ¿pero a quién? En este mundo, en esta habitación, lo único que cree en mí es este cuaderno y este lapicero. Y un niño de diez años, al cual amo tanto que jamás lo involucraría en esto”

Mi respiración se aceleró.

- ¿Qué pasó contigo, Lena?

Capítulo 4

CAPÍTULO III

Aquella noche soñé el día en el que Lena, Emma y yo fuimos a comer pizza, una de las tantas veces, cuando tenía ocho años.

-El secreto, Seb, Emma, es encontrar pequeñas cosas en la vida que los haga felices. ¡Como la pizza! - nos dijo Lena mientras nos servía nuestras porciones. En ese instante me puse a pensar qué era lo que me hacía feliz.

- ¿Qué más te hace feliz? - pregunté. Lena se quedó pensando mientras observaba a Emma comer.

-Jugar con ustedes dos, la pizza y los libros. ¿Y a ti, Seb?

-Lena, Emma y los bloques para construir- respondí casi con inercia haciéndola reír.

-Aún puedes pensar en tu respuesta- me dijo.

- ¿La puedo cambiar! - exclamé casi aliviado.

-Por supuesto, es normal que la respuesta vaya cambiando- me explicó mientras ayudaba a Emma a limpiarse la boca.

- ¿Por qué? - pregunté.

-Porque hasta ahora tienes ocho años, niño malcriado, vas a vivir muchas cosas y vas a cambiar gustos y pensamientos. El cambio es normal, no esperes que algo sea de la misma manera por mucho tiempo- me explicó pacientemente, como siempre; en ese momento me entristecí.

- ¿O sea que Emma y yo dejaremos de ser lo que te haga feliz? - Lena negó con una sonrisa.

-Hay excepciones, y mi amor por ustedes es una de las que nunca va a cambiar.

Y nuevamente Lena tenía razón, mi pensamiento cambió, mi felicidad ahora la encontraba en los libros, Abigail y mi esposa y la única cosa

que no cambió fue mi amor por ella.

La siguiente semana la pasé leyendo los poemas que Lena había dejado, pero no tenía más pistas que antes, los leí una y otra vez, sintiéndome casi culpable; Lena y yo la pasábamos casi todo el tiempo juntos, cómo no me pude dar cuenta por lo que ella estaba pasando, cómo no vi el sufrimiento oculto en su rostro.

Claramente Lena le temía a algo, y ese algo le había hecho pasar un mal rato. ¿Pero qué?

Lo siguiente que tomé fueron las cartas y al abrir la primera, el crujido de la puerta de mi oficina me interrumpió.

- ¿Papi? - Abigail me observaba con ojos adormilados.

-Hola, pequeña. ¿Por qué sigues despierta? - pregunté mientras me acercaba para alzarla en mis brazos.

-No puedo dormir- me confesó mientras con su mano alejaba su rojo pelo de su rostro.

- ¿Por qué no?

-Es que tengo miedo…- Abigail me agarró de la manga de mi camisa cuando la dejé sobre su cama.

Sin evitarlo recordé lo que una vez Lena me respondió al yo decirle las mismas palabras:

-No hay nada a qué temerle, yo me voy a quedar contigo hasta que te vuelvas a dormir- repetí sus palabras, no sabía qué tan bien las recordaba hasta ese momento-: y si eso no funciona, le dices al miedo, fuera miedo, fuera, que, si te quedas aquí, no podré seguir.

Abigail me sonrió.

- ¿Es como un hechizo mágico?

-Oh, sí, y es uno que funciona muy bien. Me ayudó a mí en muchas ocasiones- a pesar de que lo había dejado de usar desde los trece años-. ¡Muy bien, señorita, es hora de dormir! Ya es muy tarde- mi hija me dedicó una mirada de angustia-. No me voy a ir hasta que te

duermas. Pero tienes que dormirte si quieres que me quede.

Después de decirle eso, vi cómo me sonrió y se acostó en su cama, al cabo de quince minutos sentí como su respiración se suavizó y me dije a mí mismo que debería seguir los pasos de mi hija e ir a descansar. Pero cada intento fue en vano, mi cabeza estaba llena de preguntas sobre el paradero de Lena y la razón del porqué se pudo haber ido sin decirnos nada.

Al siguiente día no tuve la oportunidad de leer las cartas en el trabajo, y la visita inesperada de Patrick me quitó la ilusión de llegar rápido a casa a ponerme al oficio:

-Quería saber si podía ayudarte en algo, tal vez si hablamos algo te pueda ayudar a que por favor continúes con el libro- me dijo Patrick revolviendo su pelo mono con nerviosismo, haciéndome reír levemente.

-Lamento que te encuentres en esta posición, Patrick. Pero así no funcionan las cosas, me gustaría escribir, pero no he tenido el tiempo. Mañana tengo clases hasta después de la hora del almuerzo y de ahí tengo dos conferencias en la librería, y lo que queda de la semana tengo que revisar esta montaña de manuscritos- "y las cartas de Lena", pensé para mí mismo.

-Al menos dime qué va a pasar en el siguiente capítulo, el suspenso me tiene muy mal- me pidió entre risas.

-Bueno, qué sería de un libro de terror sin suspenso- inquirí de forma traviesa y Patrick soltó una risa entre desesperada y resignada.

-Ya entendí- me dijo mientras se ponía de pie-. Solo espero no perder mi trabajo antes de que acabe el otoño- insinuó con cierta malicia.

-Eres muy buen editor, no creo que te vayan a despedir. Y si algo pasa, yo abogaré por ti, como compañero editor y escritor.

-Si quieres ayudarme…

-Empieza a escribir- terminé su oración entre risas, lo que hizo que Patrick me mirara como si fuera un caso perdido.

Aquella noche llamé a mi esposa para decirle que llevaría pizza para cenar, estábamos terminando de preparar la mesa cuando escuchamos un abrupto golpeteo en la puerta, constante y ruidoso, le advertí a mi esposa que se quedara con Abigail y me acerqué a la puerta, la abrí lentamente y frente a mí estaba Molly, la hija de quince años de mi hermana. Se quedó

mirándome en silencio, casi sin saber qué decirme ante la situación de que estaba tocando mi puerta a las siete de la noche, estaba bañada en sudor y en su hombro colgaba una maleta.

Molly estaba comiendo con Abigail mientras yo hablaba con Emma por teléfono.

-Sí, ella está bien, no te preocupes- le dije.

-Gracias a Dios- soltó-. Esa niña malcriada me está volviendo loca.

-Intentaré hablar con ella, sin embargo, deja que se quede unos días aquí, solo para calmar las cosas- propuse.

-Es que no puedo creerlo, Seb, escapar de la casa solo por una pelea…

- ¿Y por qué pelearon? - pregunté observando cómo mi esposa le servía más refresco.

-Es una estupidez, le dije que no podía salir con un chico- solté una risa.

-Tu casi huyes de casa a los diecisiete con el chico que ahora es su padre, no le puedes recriminar nada.

- ¡No dejes que ella se entere de eso! - me amenazó.

-Ve a descansar, probablemente Martin quiere saber qué se hizo su hermana.

-Tienes razón, hablamos mañana…

-Oye, Emma- la llamé antes de colgar-. ¿Te acuerdas de Lena?

- ¿Lena? ¿Ella no era la chica que nos cuidó cuando éramos pequeños? - preguntó.

-Sí.

-Pues, sí, un poco. ¿Por qué?

- ¿No te da curiosidad saber qué pasó con ella? - insinué.

-Bueno, una vez papá me dijo que se había ido porque quería estudiar, digo, tenía veintitrés años, no iba a quedarse toda la vida cuidando niños- me respondió en tono de broma-. Aunque no te voy a negar que me

dejara en shock el que no se haya despedido.

-Sí, tienes razón… Pasamos muchas cosas con Lena.

-Era muy pequeña para acordarme de todo lo que hicimos- mi esposa me hizo señas para que fuera a comer algo y poder hablar con Molly.

-Como sea, te llamo mañana, voy a hablar con Molly- me despedí.

-Está bien, gracias- dicho esto colgué la llamada y me acerqué a Molly que estaba intentando comer su primera rebanada de pizza.

- ¿No te gusta el pepperoni? - le pregunté sentándome a su lado.

-No, es solo que no tengo hambre- me respondió sin mirarme.

- ¿Estás segura? Viniste un largo camino desde Memphis, que, por cierto, ¿cómo hiciste para llegar hasta aquí? - Molly me miró por primera vez.

-Con mis ahorros tomé un bus y después un taxi que me trajo hasta tu casa.

-Tu sí que eres increíble, yo a esa edad no podía pensar en escapar sin tenerle miedo al abuelo, o peor aun, a la abuela- una tímida sonrisa se asomó en los labios de Molly.

Después de la cena y de acostar a Abigail, toqué la puerta de la habitación de invitados donde Molly descansaba, después de un leve siga, entré a su habitación y la vi sentada en la cama, estaba abrazando sus rodillas y secando las últimas lágrimas que caían por sus mejillas.

-Perdón, tío, mamá siempre me dice que no debo llorar- se excusó.

-Al contrario de lo que dicen, las lágrimas son una hermosa manera de desahogar el alma, Molly, así que si puedes, llora todo lo que quieras…

-Porque después, Seb, vas a limpiar esas lágrimas y vas a seguir adelante. Porque puedes llorar, pero no detenerte- me dijo Lena después de limpiar sus lágrimas, fue la única vez que la había visto llorar. Y no sé porqué, hasta ahora lo recuerdo.

-Tu mamá me dijo que escapaste por un chico- me atreví a decirle con cautela-. ¿Tanto te gusta?

Molly se encogió de hombros sin mirarme aún, no sabía exactamente qué decirle, así que me quedé en silencio, esperando a que Molly tomara la iniciativa, y es que, si algo había aprendido de los seis años de ser padre, era que debías darles tiempo a tus hijos para que se sintieran en confianza para hablar contigo:

-Yo…- habló Molly finalmente-, no sólo es por él, es porque nunca puedo hablar con mamá sin que se enoje o me eche la culpa de algo. Cuando le dije que había un chico que me gustaba no me puso atención, pero cuando empecé a salir con él entonces ahí me dice que está mal- las lágrimas empezaron a brotar de sus pequeños ojos azules grisáceos-, es el primer chico que me gusta y ella solo me dice que no debería pensar en esas cosas, solo en el estudio, pero yo no soy un robot tío, también quiero llorar, quiero reír y estoy cansada de que mamá no se dé cuenta de nada.

La abracé aún en silencio, pensando muy bien qué decir.

- ¿Lena? - la llamé entrando cautelosamente a su habitación. Lena tenía su rostro oculto entre sus brazos apoyados en la cama-. ¿Lena? - llamé nuevamente con la voz temblorosa, tenía siete años y jamás en mi vida había visto a una mujer llorar. Aparte de Emma cuando se caía, pero con darle un juguete ya se calmaba, y extrañamente con Lena, entré casi en crisis al verla llorar de esa manera-. No llores, Lena. Por favor. Te prometo que no vuelvo a gritarte otra vez, o a intentar golpearte- pedí mientras la zarandeaba levemente del saco.

Después de un rato Lena levantó la cabeza y me observó, apartó leves crespos de su rostro y me sonrió.

-Ya hiciste la promesa- yo asentí enérgicamente; Lena acarició mi rostro suavemente y con cariño-. Gracias, Seb. Pero no lloraba por ti, eres el niño más gentil que he conocido- Lena sorbió-. Lloraba porque me duele el corazón.

La miré sin entender qué estaba diciendo.

-Mmmm… Verás, Seb, hay algo que se llama amor, y duele mucho cuando te decepciona- me empezó a explicar-, a veces, en serio duele, pero es lo lindo de él, que es la cosa que más te hace sentir vivo; así que cuando llegue tu turno, recuerda esto, no te cohíbas y vívelo, Seb.

- ¿Y yo para qué quiero algo que me va a hacer llorar? - pregunté con mala cara.

- Porque después, Seb, vas a limpiar esas lágrimas y vas a seguir adelante. Porque puedes llorar, pero no detenerte.

Molly me sonrió al escuchar las palabras de Lena a través de mis labios.

-Duerme ya, mañana voy a hablar con tu mamá, pero prométeme que no vas a volver a irte así de tu casa. Aunque no lo parezca, Emma no es una bruja y estaba preocupada por ti- Molly rio a carcajadas y me asintió-. Ahora ve a dormir, niña malcriada.

Le di un último abrazo y la dejé descansar, entonces me fui a acostar junto a mi esposa, aquello del primer amor era algo que nunca reparé en pensar, y se me hizo curioso, pues como escritor, muchas veces el primer amor es un tema que solemos usar para escribir.

Observé a mi esposa, quien dormía a mi lado suavemente; tenía la piel blanca y mejillas rosadas, pintadas con pecas que combinaban con su pelo rojo liso, que le llegaba a los hombros, aquella era la mujer que iba a compartir su vida conmigo por toda la eternidad, pero no fue la primera mujer que amé, y tampoco fue Lisa de la secundaria: había sido Lena.

Y entonces mis pensamientos volvieron a lo que me había dicho, me llevaron a pensar que aquel monstruo del que ella pudo haber hablado, era aquel dolor en el corazón.

Capítulo 5

CAPÍTULO IV

Eran cinco las cartas que Lena había guardado, no tenían dirección o nombre, ni siquiera estampilla. Cinco las cartas que me dirían porqué Lena se había ido:

"Mamá;

Lamento escribir hasta ahora, pero como dijiste, cuidar niños es muy

agotador, me hace extrañar el trabajo en el restaurante de vez en cuando.

Pero estoy bien, los Carpenter son muy amables y les he cogido mucho cariño

a los dos niños.

Aunque, a decir verdad, tampoco te había escrito antes porque tenía miedo y

como me dijiste; quise esperar un tiempo prudente para que las cosas se

calmaran un poco.

Por favor cuídate, han pasado solo cuatro meses, pero aun así me siento un

poco más segura, agradécele a la señora Kandel por su ayuda.

Espero verte pronto.

Con amor;

Lena."

Tomé la siguiente carta rápidamente:

"Mamá;

Días como hoy me hacen querer correr a verte. Hoy celebramos el

cumpleaños de la señora Carpenter. Los niños y yo le preparamos una

fiesta sorpresa con ayuda del señor Carpenter, ver esas escenas de amor

familiar me hicieron extrañarte mucho. Más de lo habitual, me duele no

poder llamarte o poder visitarte. Incluso me aterra la idea de enviar esta

carta y que nos encuentren a ti y a mí. Estoy también asustada por la señora

Kandel, rezo todos los días por que se encuentre bien.

Por cierto, ayer le preparé a los niños las mini pizzas que solías cocinarme

cuando era más pequeña, ¡y los niños las amaron!

En este momento quiero hacerme la promesa de que pronto nos vamos a

volver a ver y voy a preparar las mini pizzas, para ti y para mí. Para

compartirlas juntas.

Con amor;

Lena."

Era extraño pensar en la mamá de Lena, ella nunca la mencionó, por muchas veces que le preguntaba, nunca me había dicho nada sobre ella.

"Mamá;

Lo siento, ma, en serio lo siento. No puedo decirte porqué lo siento

pero sí puedo decirte que hice algo malo, solo para intentar escapar de

todo. En serio lo siento mucho, mamá. Pero tengo tanto miedo, quiero poder

hablar con alguien al respecto, pero no sé a quién, ya lo intenté una vez y

resultó muy mal. Para las dos.

Te amo, ma, te amo mucho y espero verte pronto.

Con amor;

Lena."

"Mamá;

Hoy fue uno de los mejores días de mi vida, después de mucho

tiempo; fuimos al acuario, y a pesar de que hemos ido muchas

veces, hoy

fue diferente, salimos en la noche y hubo un evento de juegos artificiales,

había olvidado lo mucho que me gustaban. Tan majestuosos, tan coloridos,

que, por primera vez en mucho tiempo, mis problemas desaparecieron por

un instante.

Pensé en ti y nuevamente te extrañé mucho, espero y ansío, con toda

mi alma, verte pronto.

Con amor;

Lena."

Abrí la última carta con manos temblorosas y ansiosas, esta carta era mi última esperanza:

"Mamá;

Es la palabra que quiero gritar ahora: mamá.

Quiero correr a tus brazos, quiero sentirme protegida en ellos. Y entonces me frustra

no saber dónde estás, a dónde debo enviar las cartas. En serio quiero

correr lejos de aquí. Te preguntarás porqué esta urgencia tan desesperada,

más de la usual;

El me encontró, mamá.

William me encontró, y tengo miedo de que lastime a esta familia, así como lo hizo con nosotras. La manera en la que se mostró fue tan cobarde, como todo lo que hizo antes. Me envió una carta.

¿Puedes creerlo? Lo hizo tan descaradamente. Por favor, ma, mantente

oculta. Espero yo poder hacerlo nuevamente, debemos huir, mamá. Debemos

escondernos de William Hyde.

Con temor, pero siempre con cariño;

Lena."

William Hyde, ahí estaba la respuesta a todas mis preguntas, aquel nombre era lo que yo necesitaba para poder dormir aquella noche.

O eso pensé yo

Capítulo 6

CAPÍTULO V

Abrí mi laptop e inserté el nombre de William Hyde en Google.

Apareció la foto de un hombre mayor, de entrados sesenta, moreno con ojos pequeños y negros, vestido con uniforme militar, ingrese al primer link que me diera más información sobre quién era él, decía que era un Teniente Coronel retirado de las fuerzas militares apuntando a la política. Tenía varias fotos con el representante de Atlanta de hace varios años. Pero no decía nada más.

Intenté ampliar mi búsqueda, incluso busqué más personas con aquel nombre, ¿qué me aseguraba que este era el mismo William Hyde del que Lena estaba huyendo?

-Por supuesto que no te va a aparecer nada sobre mí, Seb- levanté la cabeza, sorprendido al escuchar la voz de Lena, pero no vi nada. Observé el reloj; casi media noche.

Parpadeé varias veces, el cansancio me estaba empezando a jugar una mala pasada.

- ¿Tío? - escuché detrás de la puerta.

-Sigue- anuncié y Molly entró a mi oficina-. ¿No es muy tarde para que andes despierta? - pregunté.

-Eso mismo te pregunto yo, tío- sonreí-. Pero vine a decirte que hablé con mamá.

- ¿Cómo te fue?

-No me gritó- bromeó-. Dijo que me podía quedar más tiempo, pero que debería volver a casa para dejar de molestarlos a ustedes.

-Para nada eres una molestia, Abigail se divierte mucho jugando contigo- recordé entonces las cartas de Lena-. Pero, tú mamá tiene razón, deberías volver pronto, y disfruta el tiempo que tienes con tu mamá, Molly, no todos tienen la bendición de poder estar con su mamá.

-Supongo que tienes razón- murmuró mi sobrina, evadiendo ahora mi

mirada.

-Cuando estés lista, Molly. No tiene que ser ya mismo- bromeé y ella dejó escapar una leve risa. Irónicamente Molly era la misma estampa de su madre, llevaba el pelo ondulado y negro, piel blanca y alta.

-Gracias, tío. Hasta mañana.

-Hasta mañana- Molly cerró la puerta detrás de ella.

-Buen trabajo, Seb- volteé mi mirada y sentada en la silla frente a mí, vi a Lena-. Una vez te lo dije, ¿te acuerdas? Las mamás son el mejor regalo del universo.

Parpadeé nuevamente, varias veces seguidas y cuando abrí los ojos, ahí seguía Lena, vestía un pantalón negro y un suéter delgado azul oscuro. La vi tal cual la recordaba, su estilo seguía siendo de los noventa, incluso su pelo despeinado estaba igual.

-Seb, ayúdame.

Después de frotar mis ojos con mis manos, Lena había desaparecido.

¿Me estaba obsesionando? ¿Tanto quería saber qué pasó con Lena?

Apagué todo e intenté ir a dormir, pero como pasaba desde hace varios días, el sueño no venía a mí.

Al siguiente día en el trabajo todo me pareció vago y sin sabor, en lo único que podía pensar era en seguir buscando información de aquel William Hyde. ¿Pero y si simplemente habían tenido algo y Lena solo tenía un corazón roto? Descarté la idea casi de inmediato. Si ese hubiera sido el caso, Lena no tendría que huir de él; algo más había pasado.

Pero por más que buscara por internet aquel nombre, la mayoría de los resultados me dirigían hacia el militar y toda la información que encontraba en internet de él era sobre su carrera en la armada y su carrera política, ¿y su vida personal? Absolutamente nada, solo unas cuantas fotos con una mujer que deduje era su esposa y un joven que decía ser su hijo, quien también vestía uniforme militar. Lo que más necesitaba en este instante era saber cuál era la relación entre este hombre y Lena y la única persona que podía decirme algo más sobre Lena era la persona que la había recomendado a nuestra familia; así que sin perder tiempo llame a mi mamá.

-Hijo, recibir tantas llamadas de tu parte últimamente me están trayendo

más años de vida- bromeó por el aparato.

-Esa es una buena noticia- respondí sin tomarlo como broma.

- ¿A qué se debe tu llamada? - me preguntó mi mamá-. Estoy a punto de vencer a la señora Kolkhum en una partida de dominó- mamá sabía que la llamaba por algo en particular, e internamente eso me hizo sentir mal.

-Quería saber si me podrías dar el contacto de la señora que te recomendó a Lena- solté de inmediato.

- ¿Otra vez con Lena? ¿Por qué preguntas tanto de ella últimamente? Tu hermana me dijo que le habías preguntado a ella también sobre Lena.

-Es para una historia, ya te lo dije.

-Bueno...- me respondió no muy convencida-; fue mi amiga Agatha Kandel, no sé si te acuerdas de ella, la fuimos a ver una vez en víspera de Navidad cuando tenías once años. No hablamos hace mucho, pero básicamente es porque perdí su número después de que empecé a vivir aquí.

Diablos, pensé.

- ¿Es la señora que fuimos a visitar en Nueva York? - pregunté.

-Sí, sí, recuerdo que vivía cerca al Central Park. En esa casa tan grande y bella. Aunque bueno, esas sería tu casa si fueras la viuda de un millonario. ¿No es así? - para ese entonces estaba buscando vuelos a Nueva York-. ¿Sebastian? ¿Sigues ahí?

-Sí, sí, mamá. Lo siento, pero tengo que irme. Hablamos después-colgué la llamada.

- ¿En serio piensas irte a Nueva York, así como así? - frente a mi estaba nuevamente Lena-. Pensé que te había dicho no dejar nada a medias, tienes trabajo que hacer.

-T…Tengo que saber qué pasó contigo- le respondí, inseguro de estar hablando con ella.

- ¿Qué pasó con la carta que William me envió? - me preguntó.

- ¿De qué hablas? No había más cosas en tu baúl. Asumo que la botaste.

-Veo que el Seb impulsivo ha vuelto- fue su respuesta y nuevamente

desapareció dejándome confundido.

¿Me estoy volviendo loco?

Pero lo primero que hice al llegar a mi casa fue buscar aquella carta, busqué en el ático, en mi oficina, en toda la casa, pero no encontré nada, así que cuando me volví a sentar en mi escritorio y volví a abrir mi laptop, busqué vuelos para Nueva York.

-¿Sebastian?- mi esposa me llamó-. La comida está lista, querido.

-Ok. Voy para allá- ella asintió y salió nuevamente de la habitación. Seguí observando mi pantalla, para cuando estaba en el comedor con Molly, Abigail y mi esposa solté la noticia de mi viaje a Nueva York.

- ¿Por cuánto tiempo? - me preguntó Molly, emocionada.

- ¿Y cuándo te vas? - preguntó mi esposa, con un tono bajo que me hizo percibir su enojo, sabía que no debí tomar la decisión sin contarle, pero el impulso de saber qué había pasado con Lena había sido mayor. Estuve callado por un momento pensando en qué responder cuando las palabras de Lena se asomaron a mi cabeza: ¿iba a dejar todo tirado? ¿Estaba seguro de irme, así como así? Solo para saber qué había pasado con ella…

-La otra semana. - Respondí firmemente-. Aún tengo cosas que terminar antes de irme… Además, es probable que vuelva pronto- dije al final con una leve sonrisa, y esa fue toda la conversación durante toda la cena.

La mañana llegó y con ella la noticia de que Emma iba a recoger a Molly el mismo lunes que me iba para Nueva York, y esa misma semana llegó en un abrir y cerrar de ojos, ante la mirada de preocupación de mi esposa, quien más de una vez me preguntó si estaba bien; y a quien le mentí de que nada estaba pasando, subí al avión.

El avión ya estaba aterrizando cuando giré mi cabeza a un lado encontrándome a Lena nuevamente.

- ¿Cuál es tu plan? - me preguntó.

-Voy a preguntarle a la señora Kandel qué sabe sobre ti.

- ¿Cómo estás tan seguro de que sigue viviendo allá? - me cuestionó con la mirada.

-No lo estoy- confesé-. ¿Pero no fuiste tú la que me enseñó que el que no arriesga no gana?

Capítulo 7

CAPÍTULO VI

-Sebastian, vas a estar bien, vas a estar conmigo y con Emma- me dijo Lena a los ocho años, estábamos en una piscina y Lena me estaba convenciendo de nadar sin mis flotadores.

- ¿Qué tal me ahogue? - dudé de mí.

- ¿Qué tal lo logres? ¿Qué tal que después del verano vuelvas a la escuela a presumir que ya sabes nadar? Vamos, Seb, el que no arriesga, no gana. Además, voy a estar contigo todo el tiempo para asegurarme que estés bien.

Asentí firmemente.

-Ok- me quité los flotadores rápidamente y sin pensarlo dos veces corrí a la piscina para después saltar en ella.

-¡Sebastian!- Lena rápidamente fue a por mí aun con Emma en sus brazos-. ¿Estás loco! No saltes al agua sin tus flotadores solo- exclamó mientras me sostenía en sus brazos-. Siempre piensa antes de actuar, ¡siempre! Niño malcriado.

Abrí mis ojos al escuchar la alarma a las siete de la mañana, me alisté lo más rápido que pude para ir en busca de la casa de la señora Kandel, pero después de caminar una hora me maldije por no haber tenido en cuenta que no recordaba muy bien el camino.

- ¿Y ahora qué? El Central Park es muy grande y con la descripción de una casa grande y blanca no creo que consigamos mucho- me dijo Lena, la volteé a ver y esta vez llevaba un jean claro con un suéter amarillo holgado, medias y zapatillas blancas.

-Simplemente tengo que seguir buscando por las zonas residenciales, debe haber un lugar en específico que tenga casas grandes. Al menos puedo recordar que desde la ventana podías ver una bella vista del parque, es decir que la casa está literalmente junto al parque.

- ¿Puedes recordar alguna otra cosa? - me preguntó Lena-. ¿Algún hotel o negocio? - me detuve a mirar a mi alrededor, entonces recordé el gran hotel que quedaba dos cuadras de la casa, miré a Lena-. No recuerdas el nombre del hotel, ¿verdad? -negué.

-Y no quiero llamar a mamá, estoy seguro de que se va a preocupar- expliqué, seguí caminando, intentando recordar un poco más de aquella visita a mis once años, pero fue inútil, a la hora del almuerzo entré a la primera cafetería y pedir un sandwich con una soda. Mientras comía recibí una llamada de Patrick:

-Dejo de acosarte un par de semanas y te vas para Nueva York- fue su saludo.

-Hola, Patrick- respondí, viendo venir la razón de su llamada.

-El director me ha pedido el capítulo final de tu novela, Sebastian, y esta vez no he podido retrasarlo más…- suspiré exhausto-. Sebastian, sé que esto no me incumbe, pero de todos modos preguntaré si estás bien, es la primera vez en toda tu carrera que te vas así de la nada y que te ha tomado más de lo usual en terminar un libro.

-Hay una primera vez para todo, ¿no es así? - respondí.

-Sebastian…- titubeó Patrick.

-Estoy bien- respondí, aunque no sabía qué tan ciertas eran aquellas palabras, había dejado un libro a medio escribir, a mi familia y estaba empezando a hablar con una alucinación de mi niñera de hace treinta años-. Pero voy a estar un tiempo en Nueva York, si hay algún problema dile al director que me contacte personalmente, no creo poder terminar esta historia pronto- confesé, hubo un silencio que me hizo pensar que Patrick había colgado el teléfono.

-Está bien. - Fue su respuesta y después fue cuando colgó.

Observé mi plato a medio comer.

-Recuerdo muy bien cuando dejaste una construcción de leggos a medias- interrumpió Lena, pero no levanté mi mirada-. Duraste casi dos meses en seguirla... Y ni siquiera la terminaste.

-Esto no tiene nada que ver, no voy a tardar dos meses en seguir mi novela, y no la voy a dejar incompleta- dije finalmente sin despegar mi mirada de mi celular.

-Tienes razón, vas a tener que seguirla, después de todo es con lo que te

ganas la vida.

-No va a pasar, Lena- sentencié-. No involucres algo que pasó hace muchos años con el ahora; te recuerdo que ese día también dije que quería ser ingeniero- subí la mirada, Lena no estaba, y mi cordura creo que tampoco.

Al final del día decidí volver al hotel e intentar escribir un poco, pero las palabras no llegaban a mi cabeza, no sabía qué escribir, no sabía qué final darle a la historia. Cualquier cosa que escribía se sentía forzado y no importaba las vueltas que le daba al hilo, siempre terminaba pensando en Lena y preguntándome porqué estaba huyendo y porqué nunca pude percibir nada sino hasta ahora, treinta años después.

Volví a cerrar mi laptop y me fui a dormir, aquella noche, como estaba ocurriendo últimamente, volví a soñar con Lena, aquel sueño fue un recuerdo de meses antes de que ella se fuera; me estaba ayudando con una tarea de lengua.

- ¿No se me ocurre nada! - exclamé aventando el lápiz lejos de mí y tomando mis leggo nuevamente.

- ¿Por qué no escribes una fábula? - me preguntó Lena-. No tiene que ser una novela profesional, una fábula es corta y también puede ser interesante.

- ¿Cómo sabes eso? - pregunté observando como le daba la merienda a Emma quien estaba también haciendo tareas.

-Hace mucho tiempo intenté escribir, así que averigüé lo más que pude sobre los géneros literarios- me explicó-. ¿Sobre qué te gustaría escribir?

Me quedé en silencio pensando, mientras continuaba con mi construcción.

-No sé- dije finalmente y Lena soltó una carcajada.

-Algo se te ocurrirá, eres muy creativo, nada más mira la torre que hiciste con tus bloques.

Me levanté nuevamente con el sonido de la alarma y continué mi búsqueda, aquel día solo una pregunta rondaba por mi cabeza: ¿cuándo

me empezó a interesar la escritura?

Gracias al cielo, un vendedor de helados, que aparentemente ha trabajado casi toda su vida en el Central Park, sabía de una Casa Blanca enorme a dos cuadras del hotel NY Inn. Casi corrí en busca de la casa y una exclamación salió de mi boca al reconocer la casa de la señora Kandel.

Toqué el timbre y un joven vestido de jeans con una camiseta blanca y una gorra abrió la puerta, llevaba el celular en la mano y me dirigió una mirada fugaz antes de volver su mirada al aparato.

Aclaré mi garganta.

-Estoy buscando a la señora Kandel, Agatha Kandel- el joven me miró nuevamente.

- ¿Quién es usted? - me preguntó de forma brusca.

-Sebastian Carpenter, soy hijo de una vieja amiga de la señora Kandel- expliqué.

- ¿Y para qué la necesita?

-Quiero hacerle unas preguntas con respecto a alguien que conocí hace tiempo, y ella también.

-Mi abuela no está en este momento- me respondió volviendo a fijar su mirada en su celular y disponiéndose a cerrar la puerta.

- ¿Me puedes decir cuando puedo verla? - pregunté antes de que el joven cerrará la puerta, pero se encogió de hombros ante mi pregunta.

-No lo sé, vuelva mañana- dicho esto cerró la puerta, dejé salir un suspiro de frustración.

-Que niño tan malcriado. - Volteé mi cabeza y Lena estaba nuevamente junto a mi.

-Sentí ganas de bofetearlo- le confesé divertido y Lena rio.

- Vas a volver mañana, ¿verdad? - me preguntó Lena a lo que asentí.

-Por supuesto- Lena me sonrió y yo a ella.

Al día siguiente, en la mañana fui nuevamente, pero mi suerte fue la misma, el nieto de la señora Kandel me volvió a decir que no estaba en la

casa.

- ¿Cuándo vas a volver? - me preguntó mi esposa por el teléfono.

-Aún no lo sé, querida. Pero espero que sea pronto- le respondí, me encontraba en el hotel, leyendo el periódico e intentando escribir nuevamente.

-Emma recogió a Molly y dejó una caja para ti, no me dijo qué era. ¿Quieres que la abra? - me preguntó.

-No te preocupes, déjala en mi oficina, cuando vuelva la abriré. ¿Cómo está Abigail?

-Extraña a su papá, pero por lo demás está bien- suspiré, era la primera vez que estaba tan lejos de mi familia y la razón no era muy válida.

-Lo siento, querida, te explicaré todo cuando vuelva. Por ahora tengo que colgar, hablamos mañana.

Colgué el teléfono y en las horas de la tarde intenté nuevamente ir a la casa de la señora Kandel.

-Mi abuela no ha llegado- fue su saludo.

- ¿No puedo esperarla adentro? - pregunté.

-No, para mí sigue siendo un extraño, además quién me asegura que no es un fraude o algo así.

-Puedes buscarme por internet, soy escritor, seguro encontrarás mi información ahí- expliqué lo más calmado que pude.

-Mejor vuelva mañana- fue su respuesta.

- ¿Le puedes decir que la vine a buscar hoy también? - pedí y el joven volvió a su celular.

-Sí, sí- dicho esto volvió a cerrar la puerta.

-Creo que este chico está probando mi paciencia- me dije en voz alta.

-El Seb que conocía muy probablemente lo hubiera golpeado o se hubiera buscado la manera de entrar- dijo nuevamente a mi lado, Lena.

- ¿Hablas del Seb de diez años? - pregunté observándola y ella solo me

respondió con una sonrisa.

-La tercera es la vencida- me dijo y nuevamente se esfumó; y como siempre, Lena tuvo razón, al siguiente día volví y el joven me volvió a recibir, al verme me hizo un ademán de que esperara y volvió a perderse dentro de la inmensa casa, cinco minutos después volvió y me dejó pasar, me llevó hasta la sala de invitados donde vi a la señora Kandel, llevaba un vestido largo, muy de los veinte, color azul oscuro, sus dedos estaban decorados con anillos y llevaba pendientes de perlas, su pelo blanco como la nieve estaba ahora corto, cuando me vio me sonrió levemente y me hizo un ademán de que me sentara frente a ella. La sala de invitados era el doble de grande que el primer piso de mi casa, era una habitación muy cálida y tradicional, con paredes y piso de madera; había un retrato enorme de la señora Kandel y su difunto esposo de cuando se habían casado arriba del marco de la puerta. El juego de muebles era color morado y ocupaba un tercio del lugar junto a una mesa en la mitad de la sala, era pequeña y sobre ella había dos libros que probablemente la señora Kandel hubiese estado leyendo, junto a una taza de café vacía y sus lentes de lectura. Al fondo había una chimenea y sobre ella fotos de la familia, que consistía en una hija única y un nieto. Junto a la chimenea, una gran ventana con vista a la calle reemplazaba la pared y frente a esta, un piano.

Me acerqué a la señora Kandel, que estaba sentada en una de las sillas.

-Señora Kandel, cómo ha estado- pregunté con una sonrisa antes de sentarme frente a ella.

-Así que tú eres Sebastian; hace mucho tiempo que no te veía- me respondió-. He escuchado de tus fallidos intentos por verme.

-Lamento haber venido sin avisar, pero mi mamá perdió su número de contacto después de mudarse de Tenneessee tras la muerte de papá- me excusé sin saber qué más decir ante mi repentina visita.

-Sí, y lo lamento mucho por eso, ¡pero no entiendo por qué Sabrina no guardó mi número en su celular! - exclamó, en ese instante el joven que me recibió se asomó por el marco-. Micah- lo llamó-, hazme el favor de decirle a Tina que nos traiga dos cafés.

-No tomo café, gracias- respondí.

- ¿Nunca? - asentí- ¿Entonces té? - asentí nuevamente y la señora Kandel observó al joven quien se retiró de inmediato.

-Su nieto es un tanto…- me encontraba buscando una palabra que no

ofendiera al nieto de la señora Kandel.

-Patán, estás en lo cierto- respondió con un suspiro-. La juventud de ahora está tan dañada, recuerdo hace muchos años cuando esos aparatos todavía no existían.

-Yo uso mi celular demasiado para trabajar- defendí-, a veces son útiles. Aunque es verdad que no todos los usan; mamá, por ejemplo, no tiene celular, por eso no guarda su contacto en él, todos sus contactos los tiene en una agenda, que perdió en la mudanza.

-Ya veo- respondió-. ¿Cómo esta Sabrina?

-Ella está bien, el hogar en donde está parece gustarle mucho y la lucha por la pérdida de papá sigue, pero ya tiene en qué hacer en su tiempo libre, así que no tiene mucho tiempo para pensar en eso.

-Me alegra escuchar eso- en ese momento llegó una mujer de entrada edad con dos tazas, las puso en la mesa que nos separaba, tomó la taza vacía y se marchó nuevamente. Observé a la mujer, no sabía cómo sacar el tema de Lena, ya había sido lo suficientemente rudo de aparecer de la nada-. ¿Y a ti cómo te va? La última vez que te vi tenías once años, me enteré por tu madre que eres escritor, no he tenido la oportunidad de leer ninguna de tus obras, pero tengo grandes expectativas, de niño solías tener una imaginación tremenda.

Sonreí ampliamente.

-Lo que hacía de niño era diseñar edificios. La próxima vez que venga le traeré algunos libros- sugerí-. Lo haré si es que le gusta los thrillers psicológicos.

-Leeré cualquier cosa del hijo de una preciada amiga. ¿Cómo está tu hermana?

-Emma está muy bien- respondí después de beber un poco de mi té. La señora Kandel se quedó observándome por un buen tiempo.,

-Si quieres hacer la pregunta ya, puedes hacerlo- soltó de repente y me congelé levemente ante su sinceridad-. Has estado preguntando por mí tres días seguidos y estoy segura de que no es porque me extrañabas, nos vimos muy pocas veces cuando eras pequeño.

-Tiene razón, señora Kandel. - Confesé-. Lamento haber venido de manera tan abrupta, pero hubiera llamado si mamá conservase su número- la señora Kandel río levemente.

-Vaya que sí has crecido, Sebastian, la última vez que te vi eres un revoltoso que se la pasaba molestando a todo el mundo y no se podía estar quieto, recuerdo como llenaste tu habitación con dibujos de edificios e incluso trajiste tus bloques; y ahora eres escritor, puedo ver que tienes una personalidad muy tranquila.

-Las personas suelen cambiar- expliqué.

-Oh, sí que lo hacen, pero no tanto como tú- la mire incrédulo-. Incluso tu mamá solía decirme lo sorprendida que estaba de tu cambio de personalidad, casi repentino. Pero no desviemos el tema, por favor dime a qué has venido.

Aclaré mi garganta y empecé a jugar con mis dedos debajo de la mesa.

-Vine aquí a preguntarle sobre Lena- ella me miró con atención-. ¿Se ha mantenido en contacto con ella? ¿O sabe algo de ella? Después de que se fue repentinamente de nuestra casa, no he sabido nada y mamá me contó que fue usted la que la recomendó, ¿sabe algo usted de su vida de antes de que llegara a nuestra casa?

La señora Kandel tomó un sorbo de su café.

- ¿Puedo preguntar a qué se deben tus preguntas? - pensé en decirle lo mismo que a mí madre, pero la señora Kandel me dejó en claro que no era una ingenua.

-Encontré unas cartas de ella, de cuando estaba trabajando con nosotros, y parece ser que Lena estaba huyendo de alguien, quiero saber qué pasó con ella y saber si…- dudé en terminar la oración.

- ¿Si está viva? - finalizó por mí la mujer con una frialdad sorpresiva, la señora Kandel bajó su taza y suspiró nuevamente-. Es verdad lo que dijo tu madre, yo la recomendé, la madre de Lena, Elizabeth, era mi criada, Lena solía venir a visitarnos muy seguido, hablábamos de libros y jugábamos póker, Lena era una joven maravillosa, de cierta manera, al verte, me inspiraste la misma esencia de ella- me sonrió-. Un día ella simplemente me pidió ayuda para conseguir un trabajo lejos de Nueva York, Lena venia de una familia humilde y vivía con su madre en las afueras de la ciudad y cuando Sabrina me dijo que estaba buscando una niñera yo le comenté a Lena y aceptó de inmediato.

- ¿Nunca le dijo por qué quería alejarse de Nueva York? - pregunté y ella negó.

-Recuerdo que hubo un tiempo donde Lena dejó de venir a visitarme y Elizabeth me dijo que tampoco sabía dónde estaba, cuando volvió fue que me pidió que le ayudara a buscar un trabajo lejos de aquí, y poco

después, Elizabeth también se fue, renunció y se marchó.

- ¿Y la mamá no avisó a la policía de cuando desapareció? - pregunté.

-No sé si llamarlo desaparición, honestamente no pregunté mucho porque no quise ser entrometida, pero cuando le pregunté a Elizabeth al respecto, ella me dijo que probablemente estaba con su novio de ese entonces y que por eso no se preocupó demasiado. Cuando volvió asumí que quería desaparecer por la ruptura, porque antes de irse me pidió que, si él venía a preguntar por ella, qué no le dijera nada con respecto a ella o a Elizabeth.

- ¿Sabe en qué fechas fue eso? - la señora Kandel se quedó en silencio, mientras hacía una mueca intentando recordar.

-Lena se fue a mediados de verano… Sí, eso creo, si no estoy mal a finales de Julio, comienzos de agosto. Coincidió con las fechas en que remodelé mi jardín y lo recuerdo muy bien porque un trabajador tuvo un accidente.

- ¿Y sabe dónde está la mamá?

-No, Elizabeth no me dijo nada, simplemente renunció y se marchó.

- ¿Se acuerda del nombre de su novio?

-William Hyde- respondió después de unos breves minutos de silencio. De mi bolsillo saqué una foto que imprimí de aquel William que lideró mis búsquedas en Internet.

- ¿Es este sujeto? - pregunté y la señora Kandel asintió.

- Lo recuerdo muy bien porque ahora mismo se está postulando para representante del estado de Georgia en el Congreso. Yo misma me sorprendí al enterarme de esa noticia- no supe explicar por qué, pero ese nombre me había empezado a dar escalofríos.

Capítulo 8

CAPÍTULO VII

>>Efectivamente William vino a preguntarme por ellas, pero le dije que no sabía dónde estaban. Cuando le pregunté al respecto me dijo que había tenido una pelea con Lena y que habían terminado, pero que él quería volver con ella y me pidió el favor de que le dijera si sabía algo de ellas. Pero por obvias razones nunca le dije nada.

- ¿Sabe a dónde fue a parar la madre de Lena? Le escribió una serie de cartas y en ellas dice que no sabe dónde está- la señora Kendel negó con una expresión de tristeza, dándome a entender lo mucho que lamentaba no saber de ella.

-Después de que renunció, perdí contacto con ella por completo, la llamé muchas veces sin obtener respuesta, incluso fui a buscarla a su casa, pero siempre estaba sola. No quise involucrarme más, sabía que si estaban haciendo eso era por una razón.

-Ya veo- dije sin poder ocultar mi decepción.

Después de agradecer por el té, la información y pedirle que me diera la dirección de donde vivían Lena y su madre, me marché de la casa de la señora Kandel, no sin antes prometerle que le daría su contacto a mamá para que volvieran a hablar; cuando llegué a la pequeña casa a las afueras de Nueva York, el cielo se estaba pintando de color anaranjado; la casa era pequeña, de un piso y estaba construida de ladrillos viejos. Las ventanas estaban rotas, el techo de madera tenía agujeros en todas partes y la puerta no existía, el jardín estaba descuidado, el pasto estaba más café que verde y mal podado, en la mitad de este había un gran poste que decía Se vende en grandes letras, observé alrededor, las demás casas se veían notoriamente mejor cuidadas, pero la diferencia de estatus también era evidente.

-Te apuesto a que tampoco sabias esto- me dijo Lena.

-Cómo podría saber, nunca me lo dijiste. No me contaste muchas cosas.

-Tan solo eras un niño, qué iba a ganar con contártelo- argumentó.

- ¿Por qué huías de William? ¿Por qué le tenías miedo? - le pregunté observándola a los ojos, a las perlas negras que tanto extrañaba, pero ella solo se encogió de hombros y después de parpadear, Lena nuevamente se

marchó.

Me empecé a dirigir a la casa.

- ¿Usted quién es? - una ronca voz junto a mí me interrumpió, me giré para encontrarme a una anciana que se asomaba por el marco de la puerta de al lado. Era de baja estatura, llevaba un vestido gris, ancho y viejo con sandalias, su pelo estaba recogido en una coleta despeinada, como si se acabara de levantar.

-Mi nombre es Sebastian Carpenter, y usted es…- sugerí.

-La dueña de esa casa-me respondió tajantemente-, ¿está interesado en el terreno?

-Más bien por las personas que solían vivir aquí, Sabrina y Lena Baker, ¿esta no solía ser la casa de ellas?

-Dejaron de vivir aquí hace muchos años- me respondió en el mismo tono con un ademán con su mano de restarme importancia, disponiéndose a entrar a su casa nuevamente, una pequeña de un piso, era igual a la de Lena, pero la de ella no tenía agujeros, tenía una puerta y su jardín no estaba perfecto, pero al menos podías caminar en él. Sus cortinas estaban cerradas, así que no se podía ver por dentro.

- ¿Y cómo adquirió el terreno? - seguí con mis preguntas.

-Sabrina me lo vendió antes de irse- empecé a acércame a ella.

- ¿O sea que si las conoció? - pregunté y ella asintió-. Por favor, ¿puede decirme si conoció a William Hyde? - estando frente a ella, la anciana me hizo detenerme con una señal con la mano.

- ¿Por qué debería decirle cosas tan personales a un extraño? Quién me asegura que usted no es alguien raro, no veo placa o carro de policía como para andar preguntando ese tipo de cosas. Vaya a entrometerse en los asuntos de otras personas- la anciana frunció el ceño pronunciando más las arrugas que tenía en la frente y los ojos.

-Ya le dije que me llamo Sebastian Carpenter, y soy viejo amigo de Lena Baker, es sumamente importante que me diga lo que sabe, por favor.

- ¿Ha oído de la ley de dar y recibir? - me preguntó aquella mujer mientras extendía una de sus arrugadas y descuidadas manos hacia mí, con las uñas largas y amarillentas, solté una risa de frustración e ironía.

-Esto es ridículo - solté al instante, pero después de pensarlo un tiempo, recordé que Lena me había dicho esas palabras más de una vez cuando

era aún un niño.

Alejé con mano firme el plato que estaba frente a mí que tenía unos cuantos espárragos, Lena posó frente a mí el tenedor con una papa frita, mis favoritas de niño, la observe a los ojos y con ellos le pedí que me la diera.

- ¿No has escuchado la ley de dar y recibir? - me preguntó señalando con sus ojos los espárragos que seguían en mi plato-. Dame la satisfacción de saber que comiste tus verduras y yo te daré la satisfacción de comer más papas fritas.

Observé a Lena y después el esparrago, tome uno entre mis dedos y suspire profundamente, para después, de manera muy cautelosa, introducir el verde vegetal en mi boca. Lo mastiqué lentamente y lo tragué, Lena después de eso y con una sonrisa me dio mis papas fritas.

-Aprende esa lección de vida, niño malcriado: las cosas nunca son gratis, siempre tienes que dar algo a cambio.

Aquella última frase me la repitió un sinfín de veces en los tres años que ella estuvo conmigo y sin darme cuenta la había aplicado en mi día a día.

Puse un billete de veinte en la mano de la anciana.

-Por favor, dígame qué sabe de Lena y su madre- pedí.

-Se fueron más o menos hace treinta años, Elizabeth me vendió la casa barata, cuando le pregunté por qué me dijo que era lo que necesitaba para comprar unos tiquetes de avión- respondió vagamente.

- ¿Le dijo a dónde iba? - la anciana negó con la cabeza.

-Simplemente me pidió que, si el novio de Lena preguntaba, le dijera que no sabía nada. De todas maneras, qué le iba a decir, de verdad no sabía nada.

- ¿William Hyde? ¿Alcanzó a conocerlo? - después de un silencio prolongado la anciana tendió nuevamente su mano hacia mí, y con mucho

esfuerzo puse en su arrugada mano otro billete de veinte.

-Viví junto a ellas dos mucho tiempo, yo vi crecer a Lena, vi a su padre irse cuando tan solo tenía dos años, la escuché gritar de emoción cuando consiguió su primer trabajo. Ah, esa chiquilla malcriada- me dijo con una sonrisa mientras guardaba el dinero en su bolsillo-. Recuerdo que Lena conoció a William joven, ese muchacho era un busca problemas, quién diría que ahora aquel chiquillo se estaría lanzando a representante del congreso, duraron mucho tiempo de novios. Todos en este barrio nos conocemos, como puede ver es un barrio pequeño, así que también conocimos a William un poco, él también venia de un barrio pobre, supongo que entró al servicio para ganar más dinero.

- ¿Tiene conocimiento de cuando Lena estuvo desaparecida un tiempo? - la anciana soltó una ruidosa carcajada.

- ¡No estaba desaparecida! Estaba en el batallón visitando a William, Elizabeth estaba secretamente angustiada, fue la visita más larga que tuvo Lena, duró un mes, yo llegué a pensar que se habían escapado- contó divertida.

- ¿Cómo sabe eso?

- ¡Porque Lena misma me lo dijo! La mañana en que se marchó, la vi con una maleta con cosas que había preparado para William y yo le pregunté a dónde iba y me dijo que iba a visitarlo- la anciana observó la casa de al lado y yo la imité, tratando de imaginarme a la Lena de veinte años, saliendo con la maleta y despidiéndose de su madre y vecina-. Fue poco después de esa visita que Lena y su madre se fueron y me vendieron esa mugrosa casa.

- ¿Elizabeth alguna vez le comentó de algunos parientes? - la anciana me negó.

-Eran solo ellas dos- finalizó. Se quedó en silencio y después de un leve suspiro se incorporó nuevamente-. Ya es hora de que se vaya, no sé nada más- sentenció dando media vuelta.

- ¡Espere! ¿Sabe el restaurante en el que Lena trabajo antes de irse? -

-Ni lo intente. Lo cerraron hace años por ser un basurero.

-Gracias por la información- dije.

-Sí, sí- balbuceó la anciana restándole importancia y entrando a su casa.

Después de eso emprendí mi camino al hotel, donde me dejé caer en la cama. La cabeza me pesaba y me sentía más frustrado que nunca, lo

único que sabía ahora era que William Hyde y Lena habían sido novios y que después de la visita al batallón, Lena había roto con él y había empezado a huir de él. ¿Pero por qué?

-Algo debió haber pasado en esa visita…- me dije a mí mismo, me puse de lado y me encontré a Lena, me sonreía tiernamente.

-Es hora de que descanses un poco, Seb- me dijo, pero negué con la cabeza.

-No puedo- le confesé.

- ¿Debería cantar una canción de cuna? - bromeó.

-Si quieres ayudarme; dime qué pasó contigo- pero nuevamente Lena se encogió de hombros. En ese momento mi celular empezó a sonar con la llamada de mi hermana-. ¿Hola?

-Seb, ¿Cómo estás? Tu esposa me dijo que estás en Nueva York- escuché decir a Emma detrás del aparato mientras me incorporaba y tomaba nuevamente mi laptop para poner en el buscador el nombre de Elizabeth Baker, vagos resultados aparecieron en el buscador.

-Sí, tuve que venir por algunos negocios- mentí-. ¿Cómo van las cosas con Molly? - pregunté mientras cambiaba el nombre en el buscador a William Hyde.

-Ya estamos mejor… Martin pon esos marcadores a un lado, vas a rallar las sillas- reí levemente al escuchar a Emma, cada llamada con ella tenía una interrupción leve de ella regañando a Martin por algo.

-Me alegra escuchar eso, tienes que ser menos dura con ella- aconsejé mientras entraba a sitios web con los artículos de William, empecé a leer los comentarios uno por uno.

-Lo sé, incluso mamá me dijo eso- respondió, al fondo pude escuchar a mi sobrino llamando a su madre-. Pero no es fácil criar a una adolescente, verás cuando Abigail tenga su edad. ¡Ya te veré llamándome por ayuda! ...Sí, cielo, puedes comerte tres galletas... No, no más, vamos a cenar pronto, Martin.

-Suena más a que tú eres la que necesita ayuda- me burlé.

-Dudo que Abi no te de trabajo extra, querido hermano- se defendió Emma haciéndome reír levemente mientras seguía revisando los comentarios, los cuales sorpresivamente mostraba el tanto apoyo que William tenía por parte de la ciudadanía; pero la sonrisa se desvaneció al leer un comentario que no había apreciado antes en uno de los artículos

sobre William, la palabra asesino se repetía mil veces por el mismo usuario.

-Por cierto, no sé si tu esposa te dijo, pero deje una caja en tu casa con algunas cosas….

-Sí, sí me dijo. Gracias, Emma. Te llamo luego, adiós- afané y sin dejarla responder colgué la llamada.

Entré al perfil del que había comentado aquello, aquel mismo perfil había dejado más de un comentario en diferentes artículos que hablaban sobre William, ingresé a su perfil de redes sociales. El nombre de aquel usuario era Arthur Hopps, lo primero que hice fue enviarle un mensaje por privado;

"Señor Hopps, buen día;

Primero que nada, déjeme presentarme, mi nombre es Sebastian Carpenter,

Soy escritor. En este momento me encuentro realizando una investigación acerca de William Hyde y la conexión que tuvo con una amiga muy preciada para mí en el pasado, y estoy más que interesado en conocer su historia.

Si me permitiera una corta entrevista, le estaría muy agradecido.

Cordialmente;

Sebastian Carpenter"

Cerré el correo y abrí nuevamente el archivo de libro con la vaga esperanza de poder continuar, pero seguía bloqueado.

- ¿Estas estancado? - me preguntó Lena.

-Estoy ansioso por que llegué la respuesta de Arthur Hopps- respondí

vagamente ante lo que pensaba era una alucinación de Lena.

-Sabes que en cualquier momento lo puedes dejar ir, ¿verdad? - me insinuó Lena, y yo la miré confundido.

- ¿A qué te refieres? - pregunté.

-Está bien mirar al pasado, Seb, pero no quedarte estancado en él- me respondió firmemente.

-Recuerdo cuando me dijiste eso, cuando tenía diez años- Lena asintió.

-Y te lo estoy volviendo a decir ahora, Seb- di un largo suspiro, pero cuando estaba a punto de apagar la laptop, mi correo me mostró la notificación de Arthur Hopps.

"Vivo en Kansas, Wichita. Hágame saber cuándo puede llegar"

Aparté el primer vuelo a Kansas, y le respondí que al siguiente día nos podíamos ver, me respondió con la dirección de su casa.

Agradecí a los cielos de que la mañana llegó rápido, el sol brillaba en un cielo azul despejado y la briza otoñal se estaba abriendo paso.

Por la ventana podía ver que algunas hojas de los árboles habían empezado a caer y frente a mí estaba Arthur Hopps.

Capítulo 9

CAPÍTULO VIII

Arthur era un hombre que estaba entrando a sus sesenta, estaba rasurado, pero pude ver pequeños hilos blancos naciendo mezclados entre los negros, en su rostro nacían arrugas, pero no de vejez, efectivamente eran arrugas de cansancio. Su piel era blanca como el papel, tenía labios delgados y ojos pequeños. Era un hombre bajito y su barriga se marcaba en la camisa blanca manga larga que llevaba con unos pantalones de sudadera impermeable negro con tenis negros.

Me había hecho pasar a su estudio, donde tenía una biblioteca llena de libros de estrategia militar y una mesa pequeña con medallas y espadas. Se sentó en una pequeña sala enfrente a la biblioteca, consistía en un sofá café viejo y una silla a juego frente al sofá. Me hizo sentarme en la silla y él se hizo en el sofá grande. Entre las sillas había una mesa pequeña donde me ofreció un vaso con agua y él se sirvió una taza de café oscuro.

Me quedé en silencio, esperando a que Arthur se acomodara en el sofá.

-Gracias por permitirme la entrevista- dije.

-Sí, lo dudé un poco, Hyde, aunque no lo admita, me tiene vigilado. Pensé en que podía ser una trampa- respondió sentándose después de ir a su biblioteca y extraer unos libros que dejó junto a él en el sofá.

- ¿Qué lo hizo cambiar de parecer? - pregunté.

-No tiene ninguna relación directa con él. Lo investigué brevemente; así tuviera una lejana amistad con Hyde, aparecería en los noticieros- respondió seriamente, tomó su taza y dio un leve sorbo a su café-. Dijo, sin embargo, que una amiga suya tuvo una conexión con él.

-Así es- confirmé rápidamente-. Su nombre es Lena Baker.

Arthur permaneció en silencio.

- ¿Exactamente qué quiere saber? - preguntó
tajantemente tomándome casi por sorpresa.

- ¿Qué sabe de William Hyde? ¿Por qué afirma que es un asesino?

-Conocí a William Hyde en la escuela militar, yo era su subordinado en la unidad de infantería, como Sargento de Segunda Clase, Hyde era Capitán teniente y estaba en conversaciones para ser ascendido a comandante. Era un matón de primera, si le buscabas la pelea, él no dudaba en dártela; sin embargo, para lograr su ascenso tuvo que controlar su temperamento. Y el maldito tenía dos cosas a su favor, una era que sabía hablar y decir lo que la gente quería escuchar, y la segunda era su novia,

>>Ella le hacía visitas seguidas al batallón, y siempre que podía llevaba regalos a sus compañeros, ella era muy querida en la unidad de Hyde y a pesar de que nunca crucé palabras con ella, se veía una buena mujer. William Hyde era el favorito de muchos superiores así que la dejaban quedarse en el batallón en un área especial para ellos dos.

Una noche, tenía guardia y unas ganas de orinar incontrolables, pero no podía abandonar mi puesto porque no había nadie cerca que me relevara, así que dejé mi puesto y corrí cerca a unos matorrales que había cerca, a la vuelta de esos matorrales quedaba la oficina de un superior, el coronel McHallahan, la ventana estaba abierta, recuerdo ver al Coronel fumando, sentado en su silla y a Hyde de pie frente al escritorio, cabizbajo y recto. No me hubiera quedado ahí de no haber escuchado a McHallahan pedir a Hyde el asesinato de un teniente coronel que estaba a punto de ser promovido a coronel. Hyde no dijo nada, lo observé, vi en sus ojos algo que creí era empatía y miedo para poder hacer algo así, no pensé que lo fuera a hacer, pero pocos días después el sujeto apareció muerto y el ascenso de Hyde se hizo la semana siguiente del asesinato.

>>Taparon el asesinato con una investigación mediocre y cuando intenté atestiguar me sacaron de esa unidad y me trasladaron a otro estado, incluso me trataron de mentiroso diciendo que le tenía endivia a Hyde, intentaron forzar mi retiro, pero después de una demanda pude evitarlo, sin embargo, sigo sin poder demostrar la culpabilidad de Hyde. Él sigue poniéndome el ojo encima, especialmente ahora que se va a postular a representante de Georgia al congreso, intento usar las redes sociales como un arma, pero es más difícil de lo que parece, así que no pierdo nada con contar esto, ya he perdido muchas cosas en esta vida, pero mi honor es lo único que ese bastardo no ha podido quebrantar.

Tragué en seco, ansioso.

- ¿Eso responde tus preguntas? - preguntó en un tono más suave.

-Eso creo…- balbuceé. Puede que Lena supiera de la conspiración, rompiera con él y huyera. ¿Pero qué me garantizaba que William le hubiese contado la verdad a Lena? Algo que sí sabía de ella, era que odiaba la violencia, muy seguramente lo hubiese detenido.

Frente a mí, Arthur puso uno de los libros, y al detallarlos vi que era un álbum de fotos, lo abrí y Arthur me señaló a un joven de pelo negro, moreno y peinado hacia atrás con el uniforme impecable. Era alto y acuerpado. Sus ojos eran pequeños y estirados, la sola mirada de William era desafiante.

-Este es William, el día de su ascenso a comandante, yo estoy a su lado- en la foto se podía ver la expresión de Arthur de frustración e ira, no la había podido disimular, no pude descifrar si lo había intentado. Arthur volteó algunas páginas para ver otras fotos, también de ceremonias donde estaban él y William, y en algunas de ellas estaba Lena, quien portaba siempre una sonrisa al lado de él, Lena se veía pequeña e indefensa-. La novia de William aparece en casi todas las ceremonias antes de su ascenso a comandante. Recuerdo que algunos subordinados le preguntaron por ella y él simplemente dijo que algo se le había presentado.

- ¿Cuándo fue la última vez que la vio? - pregunté tomando el álbum.

-Días antes del asesinato, por seguro. Recuerdo que varios compañeros de Hyde tenían nuevos parches que ella les había regalado.

Observé la fecha de la ceremonia de comandante, quince de agosto, 1986. Lena llegó el otoño de ese mismo año, a mediados de septiembre.

El resto de la tarde observé los álbumes y cuando la noche llegó, Arthur me ofreció hospedaje en su cuarto de invitados, el cual acepté. Arthur era un hombre divorciado, observé los cuadros que tenía en diferentes partes de sus dos hijas, las dos se veían de la misma edad y parecían estar en sus veinte, había fotos hasta llegar a mi habitación, la cual era pequeña, de paredes blancas y una cama sencilla junto a una mesa de noche de madera junto a esta.

Cuando Arthur abandonó la habitación, empecé a crear teorías en mi cabeza, estaba seguro de que Lena no sabía del complot.

Estaba en el bosque con papá, rodeados de árboles y escondidos detrás de una pequeña colina, teníamos en la mira a un venado que estaba comiendo, ignorante de que él sería mi primer venado de caza, papá sostenía la escopeta y yo con diez años tenía en mis manos una resortera. Recuerdo a papá contándome lo afortunados que estábamos al tener el venado tan cerca de nuestro campamento.

-Recuerda, Seb, apunta, pero tienes que esperar el momento justo, y tienes que ser muy cauteloso y silencioso…- pero justo cuando papá iba a disparar, escuchamos algo acercándose a toda velocidad mientras gritaba

nuestros nombres.

- ¡Señor Carpenter, Seb, esperen! - era Lena y en ese momento, el venado escapó a toda velocidad-. No maten… al pobre… venado- dijo finalmente con el poco oxígeno que le quedaba en los pulmones, con el pelo despeinado y las mejillas coloradas.

Volteé a ver a papá, él también estaba rojo, pero era del enojo con Lena por haberlo hecho perder el venado.

Esa noche en el campamento, papá no le dirigió palabra alguna a Lena, y aquella misma noche cenamos solo ensalada, cosa que a Lena no le molestó puesto que era vegetariana.

-Lamento que tú papá esté enojado conmigo, pero no podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que iban a matar a una pobre criatura, no quiero que aprendas a cazar o hacer cualquier cosa que pueda lastimar a otros. Jamás permitiría nada de eso- sentenció mientras me cubría con las cobijas para ir a dormir.

Si fue así con un animal, supongo que así hubiera sido si de un humano se tratase.

- ¿Y ahora qué? - me preguntó Lena, estaba acostado en mi cama y ella estaba sentada al final de la misma.

-No lo sé- admití. Me incorporé y la observé a los ojos-. ¿Sabías lo que él hizo? Necesito las fechas exactas de cuando fuiste por última vez a verlo. ¿Tuviste algo que ver? - Lena abrió la boca para responder-. Lo sé, es una pérdida de tiempo que te pregunte.

-Lo sabes bien- me respondió con una leve sonrisa, y me dejé caer nuevamente en la cama-. Deberías volver a casa, Seb. Tienes que volver.

-No voy a volver hasta saber qué pasó contigo- espeté firmemente mientras me sentaba nuevamente en la cama, observando a Lena fijamente a los ojos.

-Seb, escucha, vuelve a casa. Tienes que volver- insistió.

-Que no lo haré, no todavía. Mucho menos sabiendo que Hyde es un

asesino.

- ¿Cómo sabes qué Arthur dice la verdad? - aquella pregunta la sentí más como si yo mismo me la hubiera hecho.

-Porque estabas huyendo de él, evidentemente lo hacías- suspiré profundo, pensando en mis opciones, si es que tenía y porqué me refería a ella en pasado, como si ya no lo estuviera haciendo o como si ella ya no estuviera aquí.

-Seb…

-Quieres aclarar rumores, bien. Al toro hay que agarrarlo por los cuernos. Iré a entrevistar a Hyde- sentencié para después acostarme de nuevo en la cama y cerrar los ojos, queriendo ignorar algo que no sabía si era real o no.

Aquella noche pasó lentamente, pero en ningún momento abrí mis ojos, temiendo de que si los abría vería a Lena o peor aún, que no la vería.

Al siguiente día no fue difícil convencer a Arthur de que me diera la dirección de William y aquella dirección me enviaba a Atlanta.

- ¿Vas a atravesar todo el país, Seb?- me preguntó Lena en la sala de abordaje.

-Lo haré si es necesario- respondí.

-Siéntate a pensar, Seb- me pidió Lena-: Vas a Atlanta, encuentras a William y después qué, ¿vas a preguntarle directamente sobre mí? ¿Crees que te va a dar alguna respuesta? Evidentemente el asesinato y mi huida están conectadas.

-Sí, ¿pero por qué? - pregunté mirándola-. ¿Cómo? ¿Sabías sobre eso? ¿Lo ayudaste? ¿Sabe él dónde estás? Sabes que estoy haciendo todo esto porque quiero saber dónde estás, Lena. Quiero saber si estás bien, quiero saber qué paso contigo- finalicé, sintiendo como mi voz se estaba rompiendo. ¿Cómo era posible que Lena tuviera tanta influencia en mi incluso después de tantos años? Especialmente después de que pensé que la había olvidado-

Lena se quedó en silencio.

-Lo único que sé que te va a ayudar, es que vuelvas a casa, Sebastian- dijo finalmente-. Ve a casa. Escúchame.

-Volveré después de hablar con William- sentencié y después escuché como llamaban mi vuelo para abordar, el aeropuerto no estaba tan

concurrido aquel día y el vuelo, que duro casi seis horas estuvo tranquilo, cuando aterricé el cielo se estaba tornando oscuro, así que a pesar de lo mucho que me costó, decidí ir a la casa de Hyde al siguiente día, orándole a los cielos que él estuviera en casa.

-Sebastian, ¿cómo que estás en Atlanta? - me preguntó mi esposa por el teléfono, notoriamente molesta.

-Sí, algo pasó y…

- ¡Qué pasó, Sebastian?- me preguntó casi gritando. Mi esposa hizo una pausa antes de continuar-. Dime qué está pasando, ¿por qué estás actuando tan impulsivamente? Tu editor me llamó, preocupado porque lleva meses esperando por ti a que le entregues el capítulo de tu historia, sigues evadiendo tus responsabilidades y en menos de una semana has viajado a tres ciudades sin siquiera consultarme. Incluso fuiste a Kansas y no visitaste a tu mamá. Abigail, tu hija, te necesita aquí con ella… y yo también. ¿Qué pasa que no estás actuando como tú?

Capítulo 10

CAPÍTULO VIV

Aquella ultima oración se quedó en mi cabeza atascada, ¿qué ocurre que no estoy actuando como yo? El Sebastián impulsivo, necio y cabeza dura había vuelto, pero ¿qué pasaba con el sensato y tranquilo que los demás conocían? El Sebastian que pensaba antes de actuar, el que analizaba los contras y pros de las situaciones antes de tomar una decisión. No importaba que tantas veces lo pensara, la segunda descripción encajaba más con Lena que conmigo.

¿En qué momento había cambiado tanto? Incluso cuando las personas crecen, no cambian tan radicalmente como yo lo había hecho. ¿Cuándo mi sueño de ser arquitecto cambió a ser escritor?

- ¿Estás bien, Seb?- me preguntó Lena, apareciendo junto a mí, con su cabello recogido en una coleta alta, unos jeans rotos claros y una camiseta manga larga de colores. La miré a los ojos, sin levantarme de la cama individual en la que me encontraba.

- ¿Por qué soy escritor? - pregunté y Lena me miró confundida-. ¿Es por ti?

-Seb…

En ese momento me puse de pie.

- ¿En qué momento empecé a actuar como tú? Tú eres la que quería ser escritora, tú eres la que pensaba antes de actuar, tú eres la que sonreía no importaba qué, tú eres la que nos daba consejos y nos decía qué hacer. ¿Si eres tú la que hace todo eso, quién soy yo? ¿Por qué sigo actuando como tú después de todos estos años?

Lena se acercó a mí en silencio y me abrazó, pero yo sabía que ese abrazo no era real, Lena no estaba ahí conmigo, Lena muy probablemente estaba muerta. Pero aun así le pregunté con voz temblorosa a aquella alucinación:

- ¿Qué quieres de mí para que te vayas?

-Vuelve a casa, Sebastian. Eso es lo que tienes que hacer- suspiré y parpadeé para darme cuenta que nuevamente estaba solo. Tomé mi maleta y abrí la puerta, pero me detuve en seco antes de salir completamente de esa pequeña habitación de hotel, con una cama doble,

una mesa de noche al lado con una lámpara y frente a ella un televisor, la ventana que ocupaba toda la pared me mostraba Atlanta con sus grandes edificios y calles ocupadas; pensé en si debía irme, ya estaba en Atlanta, solo tendría que buscar a Hyde el siguiente día y hablar con él. Pero la pregunta que me había hecho antes volvió a mí, ¿qué me aseguraba que William Hyde me iba a contar algo de Lena? Mi esposa e hija estaban esperando por mí, no podía seguir persiguiendo el fantasma de alguien de hace treinta años.

Cerré la puerta detrás de mí y fui directo a alquilar un auto para manejar de Atlanta a mi casa, que afortunadamente eran solo dos horas. El comienzo del viaje estuvo fácil y tranquilo, pero escuchar la voz de Lena, junto a mí, me hizo perder aquella tranquilidad que había recobrado.

-Seb…

-Vete, ya estoy yendo a casa. No tienes porqué aparecer- le dije, sin apartar la mirada de la carretera.

-No habías estado tan molesto conmigo desde que te decomisé tus bloques- me dijo con una voz suave.

-No estoy enojado contigo, ni siquiera eres real. ¿Por qué me enojaría con una alucinación? - le respondí a la vez que sentía mi frustración crecer.

-Porque nunca has sido buen perdedor, a pesar de que estás yendo a casa, quieres saber qué pasó conmigo…- sin darme cuenta, ante la frustración, la velocidad del auto había aumentado y apretaba el volante del auto con mucha fuerza.

-Pero ya estoy yendo a casa, como me dijiste que hiciera.

-Pero no estás feliz, siempre has hecho lo que yo te decía, aunque eso no te hiciera feliz...

-Era un niño, por supuesto que tenía que hacer lo que me dijeras.

- ¿Incluso ahora vas a hacer lo que te digo sin rechistar? - preguntó Lena.

- Primero me dices que vaya a casa y ahora me cuestionas por hacerlo. ¿Qué es lo que quieres de mí! - exclamé finalmente observándola, pero a mi lado no había nadie, el sonido de la bocina de un camión resonó en mis oídos, era de noche y las luces del camión estaban a tope, así que me enceguecieron. Volteé la cabeza hacia el otro lado y frené de golpe. Detrás de mí escuché otra bocina enfurecida ante la frenada repentina y junto a mí el camión pasó a toda velocidad, por fortuna me encontraba en el carril derecho, así que estuve a tiempo de mover el auto hacia el carril de

emergencia.

Dejé escapar un suspiro de alivio y me orillé para poder calmarme, las piernas me temblaban y las manos me sudaban, subí mis manos a la parte superior del volante y dejé caer mi cabeza sobre ellas después de poner las luces de parqueo.

- ¿Estás bien, Seb?- preguntó Lena junto a mí. Solté una carcajada sin gracia ante la pregunta.

- ¡Solo vete! - grité sin levantar la cabeza, respirando pesadamente. De pronto sentí escalofríos y mi rostro se empezó a sentir húmedo ante la repentina presencia de sudor.

Abrí las ventanas del auto ante la falta de oxígeno, agradecí el aire fresco en mi rostro, que a pesar de que seguía húmedo por el verano, se sentía mejor que el aire pesado dentro del auto.

Tuve que esperar una hora para poder calmarme lo suficiente para volver a encender el motor del auto y seguir mi camino a casa; llegué a la una de la madrugada del día siguiente, entré a mi habitación lo más cauteloso y silencioso que pude pues mi esposa estaba durmiendo y me sorprendí al verla durmiendo con Abigail a su lado. De repente un sentimiento de culpa se clavó en mi pecho, me había ido una semana completa, había dejado a mi hija y a mi esposa atrás solo para perseguir un fantasma del pasado.

Silenciosamente dejé mi equipaje en los pies de la cama y me fui a dormir en la habitación de invitados, pude conciliar el sueño casi a las cuatro de la mañana, mi alarma me despertó a las siete, indicándome que era hora de empezar mi día, volver a la normalidad.

Me encontré a mi esposa arreglando a Abigail para ir a estudiar.

- ¡Papi! - exclamó Abigail mientras corría a abrazarme, la sostuve entre mis brazos, correspondiendo al abrazo. Y nuevamente el sentimiento de culpa me invadió.

-Lamento haber tardado tanto- dije y observé a mi esposa quien solo nos observaba en silencio, podía ver en su mirada que seguía enojada.

-Iré a preparar el desayuno, termina de arreglar a Abigail y salgan a comer- dijo después de un silencio prolongado, asentí sin decir nada más y la vi salir de la habitación, estaba vestida con un saco de lana azul cielo, unos jeans claros y zapatillas blancas. Con su hermoso pelo rojo recogido en una coleta.

Volví a observar a mi hija y le dediqué una sonrisa para después bajarla al suelo nuevamente y ayudarla a arreglarse, peiné su ondulado pelo en dos

coletas bajas que era lo único que sabía hacer sin crear más nudos en su pelo, la ayudé a organizar su maleta y a ponerse los zapatos. Le dije que fuera a desayunar mientras yo me iba a arreglar, me entré a la ducha y mientras enjuagaba mi pelo, volví a escucharla.

-Seb…- me volteé instantáneamente, pero no vi nada. Me volví a centrar en lo mío, forzándome a ignorar el juego que mi propia mente me estaba haciendo-. Seb…- la escuché nuevamente. La voz iba y venía.

-Vete. - dije, con los ojos cerrados mientras quitaba todo rastro de jabón y shampoo de mi cuerpo.

-Seb…

- ¡Qué te vayas! - grité exasperado, cerrando la llave del agua y mirando alrededor mío. Nada.

Salí casi corriendo del baño, me vestí tan rápido como pude y salí al comedor, donde Abigail me estaba esperando para salir.

-Vamos ya- le dije, tomándola de la mano con afán para salir de la casa.

- ¿No vas a desayunar? - me preguntó mi esposa, pero negué.

-Es tarde, nos vemos- le di un rápido beso en los labios y salí con Abigail de la casa, nos subimos al auto y empecé nuestro trayecto a la escuela de mi hija.

- ¿Qué hiciste en tu viaje? - me preguntó Abigail, la observé por el espejo y ella estaba mirando por la ventana mientras jugaba con sus manos.

-Me encontré con viejos amigos- le dije-. ¿Me extrañaste mucho? - Abigail asintió.

-No tenía con quién jugar a las muñecas, sabes que mamá no es muy buena en eso- reí ante su comentario-. Y mamá quería leer los cuentos que son exclusivos tuyos y míos, eso me enojó mucho. Me sentí muy triste, ¿tú también estabas triste porque no podíamos jugar?

-Estaba muy triste- dije, recordando cuando Lena se había ido, no quería hacer tareas con nadie que no fuera Lena, no quería hacer nada que una vez había hecho con ella, incluso construir con mis bloques y cuando lo retomé, no era tan emocionante como antes, por el simple hecho de que Lena ya no estaba conmigo-. Pero ya todo vuelve a ser como antes- prometí con una sonrisa.

Después de dejar a Abigail en la escuela, fui a trabajar, la visita de Patrick

me sorprendió cuando estaba preparándome para salir a almorzar.

-Si vienes por el último capítulo, aún no lo tengo, pero ya lo empecé a desarrollar- lo saludé mientras lo vi sentarse frente a mí, yo lo copié y tomé asiento en mi silla, Patrick tenía una expresión seria.

- ¿Te encuentras bien, Sebastian? - suspiré cansado.

-Estoy bien. - Mentí mientras tomaba uno de los manuscritos sobre mí escritorio de madera negra y me ponía a leerlo, sin realmente saber qué es lo que estaba leyendo, seguí pensando en Lena-. Patrick, ¿siempre quisiste ser editor?

- ¿Qué? - musitó ante mi repentina pregunta.

-Cuando era pequeño queria ser arquitecto… Pero después de la partida de una persona muy importante, construir o dibujar se volvió aburrido para mí y fue cuando empecé a refugiarme en los libros- dije más para mí, que, para Patrick, siendo hasta ese momento, cuando me di cuenta de cuándo había dejado los bloques a un lado y abrazado la literatura.

-Cuando era niño quería ser abogado, por mi padre, pero después de leer un libro cuando cursaba el último año del colegio, cambié de parecer. ¿Por qué preguntas?

Me encogí de hombros.

-Solo curiosidad- tomé una respiración profunda e intenté enfocarme nuevamente en aquella lectura. Patrick se levantó y se marchó, dejándome solo sin decir nada más.

Agradecí que el día se pasara rápido entre lecturas, proyectos e intento de escritura, recogí a mi hija del colegio y fui a casa, donde lo primero que hice fue ir a mi oficina a intentar escribir algo, cuando abrí la puerta vi una caja sobre mi escritorio.

- ¡Cariño! - exclamé-. ¿Es esta la caja que me dejó Emma?

- ¡Sí, la que está sobre tu escritorio! - respondió desde la cocina, que quedaba junto al comedor, que quedaba frente a mi oficina. Tomé la caja y la dejé a un lado para poder instalar mi laptop y ponerme a escribir, las palabras no fluyeron como me hubiera gustado y fue entonces cuando observé la caja de cartón junto a mí.

- ¿Sigues sin poder escribir nada? - me preguntó Lena sobresaltándome, la miré enojado, pero decidí ignorarla-. El hecho de que me estés ignorando, no cambia el hecho de que estoy aquí y que estuve en tu

vida, Sebastian.

-Viví bien todo este tiempo, sin pensar en ti y olvidándote.Pero llevé mi vida y mi cordura patas arriba por unas cartas que no tienen ningún significado.

-Dijiste que me ayudarías y que averiguarías qué pasó conmigo.

-Y tú me dijiste que volviera a casa, y eso hice. Déjame en paz. Lamento mucho lo que te pasó, pero no puedo hacer nada por ti, Lena.

- ¿Y sabes qué me pasó?

-Maldita sea, no, Lena. No tengo ni la menor idea- respondí frustrado-. Huiste de tu ex novio, quien es supuestamente un asesino...

- ¿Supuestamente? - me interrumpió remarcando esa palabra.

- ¿Cómo sé que Arthur dice la verdad y no es un viejo loco? - argumenté poniéndome de pie mientras cerraba mi laptop. No dije nada más y salí de mi oficina para irme a acostar.

La siguiente semana a eso pasó lentamente, y a pesar de mis esfuerzos, volver a mi rutina y evitar acordarme de Lena, o siquiera pesar en ella, fue más difícil de lo que pensé, y recuerdo, aquel viernes en la tarde, estaba sentado junto a mi escritorio, viendo el viento llevarse algunas hojas; el cielo estaba gris y amenazaba con llover. Volteé a ver hacia mi oficina, después de muchos años, la detallé en silencio, comencé por la puerta de madera café oscura, y me deslicé a la izquierda para ver mi estante de libros, era negro y de cinco niveles, estaba completamente llena con diferentes libros que habían pasado por mi vida, incluyendo los que había escrito. La ventana por la que estaba observando el cielo estaba junto a este; gracias a aquella ventana, más de una vez mi imaginación pudo florecer, al ver las personas que pasaban, los autos e incluso el cielo me había dado inspiración suficiente más de una vez. Al otro lado de la pared había un cuadro de un artista cuyo nombre no recuerdo, regalo de mi esposa, eran orquídeas moradas y blancas. Aquel cuadro fue el regalo que ella me dio cuando me mudé por primera vez de una oficina tan pequeña como un pequeño baño a esta, la cual era más grande. Habían pasado al menos quince años de eso y bajo el cuadro estaba el tablero donde organizaba mis clases para la universidad. El tablero estaba casi oculto detrás de un sofá blanco, que me había acompañado desde siempre e incluso ya tenía hilos sueltos, ocultos para algunos, pero para mí resaltaban a la vista y simplemente no podía tirarlo debido a que era un regalo de papá. Otra ventana estaba junto al cuadro, pero aquella

mostraba más edificios.

Finalmente observe mi escritorio, de metal, con mi laptop, mi lámpara y un cuadro de mi familia, observe el retrato de Abigail, con su sonrisa y pecas, desbordando aquella inocencia, recordándome a mi infancia, la imagen de Lena pasó nuevamente por mi cabeza y aunque intenté alejarla, no pude.

Nuevamente concentré mi mirada en mi laptop, intentando concentrarme, pero el mensaje que me llegó de Arthur, hizo que todo mi esfuerzo se fuera por la borda.

"Sebastian, ¿cómo has estado?

¿Has encontrado lo que pasó con tu amiga? Espero que la respuesta sea positiva, y si no lo es, ofrezco mi ayuda en lo que pueda ser útil. También me gustaría pedirte que en caso de que tengas alguna información crucial sobre William Hyde, te estaría agradecido.

Saludos y espero escuchar noticias sobre ti"

Exhalé en aire que sin darme cuenta retuve y apagué mi computador, para irme a casa, mi secretaria me vio nuevamente sorprendida, como los días anteriores, al salir antes de lo usual.

Llegué a casa y por inercia fui a mi oficina, a la cual últimamente recurría para solo sentarme y pensar, había olvidado cerrar la puerta y Abigail entró mientras jugaba con su cuerda para saltar.

-Hija, no saltes aquí, este no es un espacio para saltar- le aclaré en tono firme mientras dejaba mi maletín a un lado, pero ella no escuchó.

-Cinco… Seis… Mira, papi, mírame, mírame- dijo, pero en ese momento no tenía ánimos para seguirle el juego.

-Abigail, salte de mi oficina. Vas a romper algo- pero fue en vano mi advertencia, Abigail no hizo caso-. Abigail- advertí nuevamente, Abigail me observó y aquello provocó que perdiera el equilibrio y se enredara con la cuerda; mi hija tropezó y cayó al suelo golpeándose con la caja que seguía junto a mí escritorio, volcándola y esparciendo todo el contenido-.

¡Abigail Carpenter, qué fue lo que te dije! - exclamé frustrado mientras el llanto de ella no se hizo esperar.

Mi esposa llegó al escuchar el llanto de Abigail.

- ¡Te dije que no saltaras aquí, pero no hiciste caso! ¿Acaso no escuchaste? - seguí regañándola mientras mi esposa la alzaba en brazos y se escondía entre ellos.

-Respira profundo, Seb- escuché la voz de Lena, pero sin verla. Revolví mi cabello frustrado y le pedí a mi esposa que se llevará a Abigail.

Obedeció y cerró la puerta detrás de ella, dejándome nuevamente solo. Puse seguro en la puerta y dejé salir un suspiro de cansancio, observé el suelo, había papeles y juguetes, me agaché para meterlos en la caja otra vez; lo primero que agarré fue un juguete que solía ser de Emma a los cuatro años, un tiburón amarillo que escupía agua, seguí con una bufanda amarilla que también era de Emma y junto a esta, una parecida, pero más grande, que perteneció a Lena, aquel había sido un regalo de mamá para Emma y Lena, papá y yo habíamos conseguido bufandas azules. Seguí empacando cosas viejas de Emma, juguetes y rompecabezas hasta que, por último, solo quedó una pequeña bola de plástico transparente con algo adentro y una caja musical que pertenecía a Lena. Abrí primero la bola de plástico, tenía una foto de Emma y Lena y en la parte de atrás se leía "Cápsula del tiempo de Emma y Lena. Con Emma de siete años y Lena de veintitrés, enterramos algo preciado para desenterrarlo en unos cuantos años.

Mi corazón golpeó duro mi pecho al pensar que unos cuantos años para ellas había sido treinta años después. Distinguí la letra de Lena, tomé la caja musical la cual era cuadrada, y tenía el dibujo de la luna y estrellas pintada en un fondo azul rey. Le di cuerda a la llave y una lenta melodía empezó a sonar.

- Te acuerdas, ¿verdad? - me preguntó Lena y la observé frente a mí, vestía un jean holgado y camisa manga larga negra con blanco-. Solías escabullirte en las noches a mi habitación cuando tenías una pesadilla y solo te calmabas cuando escuchabas esta melodía.

De repente me sentí frustrado y la observé, me sonrió con dulzura, como siempre había hecho, incluso después de haberme regañado.

- ¿No me puedes simplemente decir qué te pasó? ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me sigues dando cabos sueltos? ¡Solo dime qué pasó de una vez! Deja de sonreír, ya no soy un niño, dime la verdad, me puedes decir.

- ¿Estás muy frustrado, verdad? - Lena llevó su mano hasta mi mejilla y me acarició suavemente-. Vamos, Seb. Deshazte de mis recuerdos, ya no

me necesitas.

-…No puedo…- negué-. ¿Cómo voy a hacerlo, sabiendo que algo te pudo haber pasado?

-Viniste hasta aquí, sin haber entrevistado a William, significa que tú también lo quieres olvidar.

- ¡Vine porque me dijiste!

- ¡Y yo qué soy que me sigues escuchando? - los ojos de Lena estaban aguados-. No soy real, Sebastian.

- ¿Y cómo es que me insistías en volver después de que Emma dejo esto? Querías que lo encontrara.

-Destruye eso, Sebastian. Deshazte de esa caja musical. Sabes que quieres hacerlo- negué con mi cabeza, pero Lena llevó sus manos de mi rostro hasta las mías, que sujetaban la caja musical con fuerza.

-Quiero ayudarte…

-Entonces rompe esa caja, Sebastian.

-Quiero saber qué pasó contigo…

-¡Sebastian!

- ¡Quiero saber por qué me abandonaste y me dejaste atrás! - grité al borde de las lágrimas.

- ¡Rompe la maldita caja!

Emití un último grito, lancé la caja, que cayó con un estruendoso golpe al suelo; las piezas de metal y madera rebotaron por todo el lugar, quedando una caja vuelta trizas y un papel blanco sobresaliendo de un pedazo de estrella y luna rota.

Tomé aquel papel con manos temblorosas y con los golpes de mi esposa en la puerta, mientras me preguntaba si estaba bien, pero ignoré sus gritos y abrí el papel que estaba doblado de forma muy cuidadosa.

El papel estaba amarillento y olía a guardado, eran dos páginas y estampado en estos, había letras, que pude distinguir con facilidad debido a los acontecimientos pasados; pero esta no era otro poema u otra carta a la madre, esta era un relato.

Capítulo 11

CAPÍTULO X

"Mi nombre es Lena Baker, tengo 23 años y escribo esto con la esperanza de que algún día, la verdad sea revelada:

Fui novia de William Hyde desde los 17, pero nos conocimos en el restaurante en el que trabajé a los 16 años. Me llevaba ocho años, pero estaba tan enamorada de él que no lo vi como impedimento para estar juntos.

El primer día de agosto, tomé mis cosas y fui a visitar a William a su batallón, recuerdo ese día perfectamente; era caluroso, mi vecina me vio salir y sin despedirme de mi madre me marché. William tenía su propia habitación y siempre que lo visitaba, sus superiores me permitían quedarme a escondidas de los de más alto mando.

Era ocho de agosto y me levanté a media noche al sentir que William se levantó de la cama, iba a seguir durmiendo, pero al ver como se vestía y salía de la habitación con arma en mano, me hizo levantarme y seguirlo en silencio. Estaba serio y movía el arma de una mano a otra. Estaba nervioso, no sé por qué lo estaba siguiendo, pero tampoco podía dejar de hacerlo.

Vi a William entrar a una habitación, estaba oscura y lo vi cerrar la puerta detrás de él, poco después vi como él salió de la cabaña, acompañado de alguien y apuntándole con el arma. El hombre era bajo, de piel trigueña y pelo negro, rapado, era escuálido, pero en su rostro se veía que llevaba muchos años en la carrera militar. Y para William, quien es alto y acuerpado, intimidar a aquel hombre quien vestía tan solo su pijama, no fue difícil.

William llevó a aquel pobre hombre hasta el bosque, hasta lo profundo, donde lo unico que nos rodeaba eran árboles grandes; quería correr, gritar y llamar por ayuda, pero las palabras no salían, mi garganta estaba seca, y la idea de que él no era capaz de cometer alguna crueldad, también me lo impidieron.

Los perseguí en silencio, caminando entre los árboles y los arbustos, caminaba casi a ciegas, intentando seguir las

pisadas y la voz del hombre que William estaba amenazando.

Caminamos lo suficiente para alejarnos de las habitaciones y de que aquel hombre no fuera fácilmente escuchado. Aquel hombre seguía gritándole a William de que se iba a arrepentir de lo que estaba haciendo, incluso, intentó comprar su voluntad, pero, William apuntaba el arma tan firmemente, que fuera lo que dijera ese hombre, sabía que no iba a funcionar.

No supe en qué momento, pero el ensordecedor sonido del arma me exaltó e hizo que cayera al suelo, asustada y temerosa de aquel extraño en el que William se había convertido. Por supuesto que William se dio cuenta de mi presencia, intenté escapar, intenté correr, pero mis piernas no funcionaron, William, con una sonrisa que me erizó la piel, me alzó en sus brazos y me llevó de vuelta a la habitación sin decir ni una sola palabra.

Aquella noche no dormí y al día siguiente, cuando el cuerpo fue encontrado, le conté al Coronel McHallahan con la esperanza de que William pagara por lo que hizo, pero al instante me di cuenta que fue un grave error, William entró a la oficina del coronel, asustada le imploré con mi mirada al coronel de que me rescatara, pero él solo desvió su mirada dejando que William me llevara con él a la fuerza a una bodega, alejada y deteriorada, donde me tuvo cautiva casi por un mes, donde me enseñó que el William que había conocido por siete años, era mentira. Me golpeó, me intimidó e incluso amenazó. Hizo tantas cosas, que el escribirlas es imposible para mí, porque ya es difícil intentar olvidarlo todo. Incluyendo el hecho de que yo soy cómplice de asesinato, porque no lo impedí cuando pude y tampoco lo denuncié cuando escapé, por miedo a que William cumpliera con sus amenazas, incluso hice que mi mamá escapara a un lugar al que le pedí no me dijera, por miedo a que, si me encuentran, la encuentren a ella.

Estoy dejando esta carta en esta cápsula del tiempo, William me ha encontrado y me amenazó de nuevo. Tengo la esperanza de que, en algún momento, alguien encuentre esta carta y la justicia golpeé a William. Es lo último que puedo hacer para disculparme con el hombre que dejé morir, por mi madre y por intentar calmar mi conciencia.

A la familia que me acogió y a la que puse en peligro sin que ellos lo supieran, me disculpo, en especial con Seb y Emma, mis preciados niños.”

Bajé las hojas en silencio y las dejé a mi lado en el suelo, observé alrededor mío buscando a Lena, pero no estaba por ningún lado. La puerta se abrió dándole paso a mi esposa quien me miró y me preguntó con la

mirada qué estaba haciendo; sentado en el suelo, rodeado de juguetes viejos y partes rotas de una caja musical.

De repente su mirada se suavizó al mismo tiempo que sentí mi rostro humedecerse.

-Abigail, ve a comer, hija- dijo mi esposa a la niña, que estaba en el marco de la puerta, confundida y sin saber qué hacer.

- ¿Papi está llorando porque no hice caso? - preguntó y mi esposa negó, quise decirle algo, pero la vergüenza del estado en el que me encontraba me lo impidió. Así que lo único que hice fue desviar la mirada.

-Papá está bien. Ve a comer, hija- repitió suavemente mi esposa y Abigail asintió para después marcharse.

Mi esposa me ayudó a ponerme de pie, mientras me limpiaba la cara. Seguía sin decir nada, estaba aún asimilando la información que había leído cuando mi esposa interrumpió mis pensamientos.

-Sebastian, ¿qué es esto? - me preguntó mi esposa, con papel en mano y leyendo el contenido.

- ¿Recuerdas que te hablé de Lena? La que cuidó de mí cuando era pequeño. Esto es de ella- respondí, tomando la carta y observándola. Un sentimiento de ira nació en mí, Lena pensó que ella era una asesina, Lena vivió con miedo todo el tiempo y sabrán los cielos si ella había muerto a manos de él o si ella seguía viva, y si lo seguía, probablemente seguía escondiéndose de él y no podría vivir en paz hasta que William pagara por lo que hizo. Observé mi computadora y después la carta a mano de mi esposa; le quité los papeles de la mano y abrí mi computadora.

- ¿Qué estás haciendo, Sebastian?- me preguntó, pero sabiendo muy bien mis acciones.

-Consiguiéndome una entrevista con William Hyde- confirmé sus sospechas inmediatamente.

-Sebastian…- intervino mi esposa, insegura.

-Tengo que hacerlo. - Sentencié sin subir mi mirada del computador.

- ¿Por qué te importa tanto? - me preguntó suavemente, pero sabía que estaba frustrada.

-William Hyde es un asesino, asesinó a su superior para ser promovido y secuestró a Lena para mantenerla callada. ¿Quién sabe cuántas más trampas hizo para llegar a postularse a representante? - finalicé

observándola.

-Digamos que lo que dice esta carta es cierto, Sebastian- refutó mi esposa-. ¿Cómo lo vas a demostrar? Es algo que pasó hace más de treinta años. Este hombre no va a confesar.

-Haré que lo haga, además ya hay dos testimonios de ese caso en contra de él, el de Arthur y el de Lena.

- ¿Quién es Arthur? ¿Cómo conseguiste…- mi esposa calló y emitió un suspiro frustrado.

-Tengo que hacer esto- dije suavemente-. Lena fue muy importante para mí, soy lo que soy gracias a ella y no me había percatado de eso antes. Desde que encontramos ese baúl no he podido descansar y siento que me estoy volviendo loco, Lena sigue apareciendo frente a mí y si no puedo ayudarla siento que no puedo seguir adelante, no puedo escribir, no puedo dormir.

-Sebastian, no puedes dejar todo de lado por esto, tienes cuarenta años, trabajo, una esposa y una hija. Estás siendo impulsivo y no estás pensando- continuó mi esposa, esta vez alzando un poco la voz-. Me casé con un hombre responsable y fuerte, no estás actuando como él.

-Porque te casaste con lo que Lena hizo de mí...

- ¡Y otra vez Lena! - exclamó, pero al escucharse, mi esposa tomó una larga respiración para calmarse.

-Por favor, tengo que hacerlo- dije mientras me acercaba a ella lentamente.

- ¿Y si es tan peligroso como dices? ¿Y si te hace algo? - no supe qué responder-. Te apuesto a que ni siquiera tienes un plan- mi silencio se prolongó; mi esposa se rascó el cuello aún más frustrada que antes-. Haz lo que quieras, ya eres un adulto- finalizó la conversación con aquellas palabras y se marchó dejándome solo de nuevo y con la confusión sobre qué hacer.

Capítulo 12

CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente fui a trabajar sin haber recibido una respuesta sobre mi solicitud de entrevista con Hyde o una palabra de mi esposa.

Estaba revisando mi agenda cuando me llegó otro correo de Arthur, preguntándome si tenía nuevas noticias, había olvidado responderle el mensaje anterior y no le había informado todavía sobre la carta de Lena. Rápidamente, redacté un correo explicándole todo lo que había pasado y en menos de una hora recibí su respuesta, donde me ofrecía ayuda para conseguirme una rápida entrevista con Hyde.

Me recosté completamente en mi silla.

-Ahora sería un buen momento para que aparezcas y me digas qué hacer, Lena- dije en voz alta, pero no hubo respuesta. Si aceptaba a la entrevista era probable que mi esposa se enojara aún más, pero si no lo hacía, sabía que no podía continuar con mi vida pretendiendo como si nada hubiese pasado.

Tomé mis cosas y salí de mi oficina, le pedí a mi asistente que cancelara todos mis planes del día y me dirigí a mi casa, donde me recibió mi esposa con una mirada sorprendida; estaba usando su delantal para pintar, frente a ella estaba su lienzo y sus pinturas reposaban en la mesa de al lado.

- ¿Qué haces aquí? - fue su saludo mientras se ponía de pie.

-Necesito hablar contigo- respondí, sentándome diagonal a ella en el sillón.

- ¿Sobre Lena? - asentí, mi esposa dejó reposar el pincel que tenía en la mano sobre la paleta de pinturas y me observó atentamente.

-He encontrado la manera de verme con William Hyde.

- ¿Y?- insinuó arqueando una ceja.

-Sabes que no puedo ir si vas a estar así.

-Oh, ¿ahora te importa lo que pienso? Porque fuiste a Nueva York, Kansas y Georgia sin haber preguntado mi opinión o sin haberme dicho qué pasaba- me dijo mientras se sentaba nuevamente, intentando retomar su

trabajo.

-No quería preocuparte…

-No, querías hacer esto solo porque sentiste que solo te incumbe a ti; y tienes razón, no me importa Lena, pero me importas tú, mi esposo y el papá de mi hija. Dijiste que es un asesino y un secuestrador. ¿Qué pasa si te hace algo? ¿Qué le voy a decir a Abigail o a tu madre o hermana? ¿Qué hay de mí y de todo lo que hemos construido?- preguntó todavía sin mirarme a los ojos.

-Si me hace algo será más que un sospechoso y llegaremos a la verdad…

-¡Sebastian Carpenter!- me interrumpió inmediatamente observándome y yo apreté mis labios-. Eres un maldito loco.

-Lo soy, lo siento. Pero de verdad tengo que hacer esto, Lena fue muy importante para mí.

- ¿Por qué ahora y no antes? ¿Por qué no hiciste todo esto antes de casarte conmigo o tener a Abigail?

-Porque la bloqueé de mi vida, pensando que se había ido porque estaba cansada de nosotros, no porque estaba huyendo de un asesino- respondí-. Se ha quedado atascada en mi cabeza, y los recuerdos de todo lo que hicimos siguen viniendo. Soy un malagradecido que vivió su vida tranquilamente mientras ella huía o moría, porque aún no sé si está muerta y solo pensar en eso me duele. ¿Y si está muerta?

Mi esposa se quedó en silencio.

-No es justo que yo viva feliz cuando ella ha sido tan infeliz.

-Sebastian…

- ¿Por favor, puedes decir que me apoyas solo una vez más? - el silencio se prolongó, esta vez aún más.

Mi esposa dio un largo suspiro, tomó su pincel nuevamente y reanudó su trabajo. Me mantuve en silencio, pero mantuve mi mirada en ella, esperando a cualquier movimiento o palabra que me diera un indicio de lo que estaba pasando por su cabeza.

- ¿Me prometes que tendrás cuidado? - dijo finalmente con voz rota y yo asentí.

-Lo prometo. Y lo haré lo más rápido posible- respondí sacando mi celular

para responderle el mensaje a Arthur.

-Está bien- mi esposa sonrío apretando los labios, en el fondo sabía que seguía en contra, pero ahora no podía echarme atrás, no ahora que estaba más cerca de saber qué había pasado con Lena.

Ese mismo día Arthur me confirmó una entrevista con Hyde en dos días. El resto del día me mantuve ocupado arreglando mis asuntos pendientes de trabajo y al día siguiente estaba en mi oficina pensando qué decirle a Hyde, cuando mi esposa entró con una caja en mano.

-Tienes un paquete- me dijo dejando la caja de cartón sobre mi escritorio, era mediana y en la parte superior decía el recipiente de la caja, era de Arthur.

-Gracias- dije y mi esposa asintió para luego marcharse.

Abrí la caja y lo primero que vi adentro fue una carta en papel blanco reposando sobre bolas de poliestireno;

"Piensa muy bien lo que vas a decir, y en caso de que lo necesites,

te envío una ayuda.

-Arthur"

Metí mi mano en la caja y me congelé ante el tacto de algo metálico y frío. Aparté el poliestireno rápidamente y tomé aquella arma para después dejarla reposar sobre mi escritorio, estupefacto, llamé a Arthur.

- ¿Hola? - contestó.

- ¿Estás loco? Cómo me vas a enviar un revolver- reclamé.

-William Hyde es un hombre peligroso, no puedes irte desarmado a verlo- respondió como si fuera lo más obvio del mundo.

- ¿Sabes lo peligroso que es ir con un arma a la casa de un ex militar, candidato a representante?

-Y sabes lo peligroso que es ir sin una, ¿verdad? Moví contactos para conseguirte la entrevista con él, no va a sospechar mucho, pero es muy probable que te haya investigado antes de aceptar la entrevista. Tenemos suerte si no sabe que eres conocido de Lena. ¿Ya sabes qué decir?

-Sí, que soy un escritor pensando en escribir su biografía e ir indagando desde ahí- escuché un suspiro del otro lado de la línea y aquello me

enfureció-. Disculpa si no tengo un plan mejor para indagar en un asesinato de hace treinta años y una desaparición.

-En el peor de los casos, apunta con el arma a su cabeza y hazlo hablar.

-Ja. Ja. - Solté sarcásticamente-. Me tengo que ir, hablamos después.

Volví a observar el arma.

-Ahora sería un buen momento de que aparecieras y me dijeras qué hacer, Lena- dije en voz alta pero nuevamente no hubo respuesta por parte de ella.

Llegó el día de mi entrevista, la cual era a las diez de la mañana, así que a primera hora tomé mi auto y conduje hasta Atlanta, directo a la casa de William Hyde, de camino mi mirada iba y venía de mi maletín, donde había llevado mi grabadora, fotos de Lena y el arma de Arthur, la cual era lo que más nervioso me tenía y seguía debatiéndome entre dejarla en el auto o llevarla conmigo; pero al llegar a la casa de William, veinte minutos antes, y viendo la casa grande de tres pisos de ladrillos naranjas, un jardín cubierto de árboles y flores y una bandera de los Estados Unidos colgada en la pared, decidí llevar el arma conmigo. Seguí llamando a Lena con mi cabeza, pero seguía sin aparecer, haciéndome preguntar, si esto era lo que ella quería.

Toqué el timbre con mi derecha, mientras que con la izquierda apretaba con fuerza mi maletín. Una señora, con vestido blanco a las rodillas, pelo corto hasta los hombros con indicios de canas y entrada sesenta, me abrió la puerta.

-Buenos días, señora. Soy Sebastian Carpenter y tengo una entrevista con el señor William Hyde- dije con una leve sonrisa.

La mujer me sonrió de vuelta y asintió.

-Lo está esperando en su oficina, mi nombre es Esther Hyde. Por favor, siga- me hizo pasar a la casa, frente a la entrada nos recibió un gran mueble donde me pidió dejar mi saco. Obedecí y giramos a la izquierda por un pasillo largo hasta toparnos con unas paredes de madera que para abrir había que deslizarlas, tocó la puerta y deslizó la puerta-. Siga, en breve le traeré café.

-Apreciaría un té, por favor- dije y ella asintió. Se retiró y yo entré, era una oficina, con un gran escritorio de madera que tenía un globo terráqueo sobre él y un computador grande. Frente a él, un juego de sala color gris claro y William Hyde estaba ahí sentado, leyendo el periódico, pero cuando me escuchó entrar levantó su mirada hacia mí, con sus ojos oscuro y entradas de arrugas junto a ellos, aquellos eran ojos fríos y

duros. Aquellos ojos que miraron con desprecio a Lena y la habían hecho sufrir.

Sentí calor recorrer mi espalda, sentí la ira nacer en mi al imaginarme lo que esta persona le había hecho a Lena; apreté mi maletín una vez más y forcé una sonrisa.

-Señor Hyde, un placer, soy Sebastian Carpenter.

-Un placer señor Carpenter. William Hyde, a sus servicios. - Estrechamos manos y me invitó a sentarme.

Capítulo 13

CAPÍTULO XII

Me senté en el sillón frente a William, saqué de mi maletín mi computador y la grabadora, lo volví a cerrar y dejé el maletín con el arma junto a mí sobre el sillón.

-Así que dígame, señor Carpenter…

-Llámeme Sebastian, si no es molestia- corregí rápidamente.

-Sebastian, ¿sería tan amable de explicarme nuevamente el por qué una entrevista? Tengo entendido que, para una autobiografía, pero también tengo entendido que usted es un escritor de novelas de terror.

-Así, es, señor Hyde…

-Llámeme William- interrumpió y yo asentí.

-Soy escritor de novelas de terror, pero también me interesa la política, y cuando vi su candidatura, su perfil me llamó la atención para un personaje de una novela que estoy escribiendo, así que pedí que me introdujeran de esa manera para tener más oportunidades de hacer la entrevista- William sonrió levemente y yo lo copié-. Una pequeña mentira blanca.

- ¿De qué va la historia? - tragué en seco mientras levantaba la taza de té.

-Un asesino- respondí-. Y alguien que lo investiga, alguien serio, con dignidad y ética- continué-, por alguna razón usted me inspiró al personaje. Aún no tengo mucho, pero me sería un honor que me dejara hacer la entrevista para poder construir el personaje.

William se mantuvo en silencio y después soltó una carcajada sonora.

-Esta es la primera vez que escucho algo así- dijo recostándose por completo en el sillón, William abrió los brazos-. Pregunte lo que quiera.

Asentí, dejando de lado la taza que no llegue a probar y abrí mi computador portátil, listo para empezar y empecé a grabar la conversación con mi grabadora.

-Primero cuénteme un poco sobre su vida- pedí y en ese momento la esposa de William entró dejando un té junto a mí y un café junto a él,

ambos se sonrieron y después de eso la mujer se marchó dejándonos nuevamente.

-No hay mucho que decir- comenzó acercándose a su café y tomando un sorbo-: crecí en una familia humilde, tengo cinco hermanos donde yo soy el mayor, entré a la carrera militar para ganar más dinero y afortunadamente me fue muy bien, cómo podrá ver. Conocí a mi esposa aun cuando servía, ella es doctora, llevamos casados treinta años. Me gustan las cosas claras, son un hombre simple y digo las cosas como son, sin irme por las ramas, siento que así las cosas son más precisas, y nada mejor que eso. Si hay un hacer algo, se hace.

- ¿Cómo era de niño? - pregunté.

-Tenía que ayudar a mi mamá a llevar comida a la casa, así que después de estudiar iba a trabajar a una pequeña tienda.

-Un hijo modelo- solté y él rio negando.

-Tengo que admitir que me metí en unas cuantas peleas de joven, fue en las calles donde aprendí a pelear y no en el ejército- William suspiró-. Pero llega un punto donde te cansas de tanta miseria, así que a los veintiún años ingrese al ejército. Tuve una carrera larga y exitosa, llegué a teniente coronel y me retiré cuando vi la oportunidad de postularme a representarte.

- ¿Le importaría mostrarme fotos de cuando servía? Eso ayudaría mucho a la descripción del personaje- pedí, con la esperanza de ver a Lena en sus fotos. William caminó hasta uno de los estantes que no había visto antes y estaba junto a la puerta, la mitad de arriba tenía puertas con ventana de vidrio, así que pude ver los diferentes álbumes que tenía y la mitad de abajo estaban cerradas con un candado y era totalmente de madera, impidiéndome ver su contenido. William tomó un álbum forrado en cuero y volvió a sentarse mientras me tendía el álbum.

Lo abrí en silencio y empecé a ojear las páginas, en busca de Lena; tuve que voltear ocho páginas antes de encontrar a Lena, tenía su brazo entrelazado al de William, llevaba su pelo negro y crespo suelto, con una sonrisa que jamás le había conocido. Pasé otras tres páginas y había otra foto de promoción de William, y Lena estaba ahí; esta vez William la estaba abrazando de la cintura. Lena estaba en todas las fotos de promoción de William, hasta la de teniente y ahí fue cuando la duda me invadió, ¿por qué William aún guardaba las fotos de Lena?

- ¿Aún mantiene contacto con sus compañeros? - pregunté y él asintió.

-De vez en cuando hacemos reuniones- le mostré el álbum y señalé la

última foto donde aparecía Lena.

- ¿Es esta su esposa cuando era joven? ¿Ya se conocían de antes? - Hyde soltó una carcajada. Observó fugazmente la puerta y se acercó a mí.

-Fue una novia de hace mucho tiempo- confesó y no pude ocultar mi asombro.

- ¿Por qué aún conserva sus fotos? - pregunté y el hombre frente a mí se encogió de hombros.

- ¿Qué tanto sabe sobre mí, Sebastian?

- ¿Perdón?

-Si me investigó antes de venir pude saber que el año en que fui promovido a teniente coronel, un superior mío fue hallado muerto, mi acenso ya estaba programado, pero me ordenaron no decir nada porque estaban arreglando un papeleo, y a los pocos días de la muerte de mi superior fue mi asenso. Esto creo un sin fin de malentendidos internos, me marcaron de sospechoso porque mi acenso, para los demás, había sido muy repentino. Yo digo que fue una mala jugada de la vida, pero al final se probó mi inocencia- William señaló la foto, apuntando a Lena-. Aquella, fue mi novia por cinco años, estaba planeando pedirle matrimonio, pero al momento de que se abrió una investigación por mi acenso por sospecha de tener algo que ver con un asesinato, ella me dejó. La muy desgraciada confió más en lo que las personas dijeron de mí que de su propio novio. Conservo las fotos porque es de esas mujeres que se te meten en la vida y no las puedes sacar- con aquella última frase pude simpatizar, incluso a William le había sido difícil sacar a Lena de su vida, aunque fuera por las razones equivocadas-. Esa me enseñó que las mujeres son unas traicioneras y que se van al momento de ver que algo no les conviene.

- ¿No volvió a escuchar de ella? - seguí preguntando mientras sentía la ira nacer nuevamente al escucharlo decir tales cosas de Lena.

William negó.

-No volví a saber nada de ella y ni siquiera me esmeré en buscarla, aquella era hija de una criada, eran solo ella y su mamá, muy pobres. Ambas deberían estar muertas, de hambre o lo que sea. Y la verdad ni me importa... ¿Usted nunca tuvo a alguien así? Que amaba con fuerza y un día lo dejó- me preguntó mientras se levantaba y lo vi acercarse al mismo mueble, donde en el estante inferior de donde había sacado el libro, había agarrado una botella de whisky-. ¿Una copa?

Negué con la cabeza.

-Estoy manejando- William asintió y trajo el whisky con un vaso para él hacía la mesa. Me hizo un ademán con la mano para que respondiera su pregunta mientras se servía su bebida.

-Sí, cuando era joven- respondí-. Había una chica que estuvo conmigo por tres años y repentinamente se marchó.

-Así son todas, Sebastian- me dijo, casi como si fuera un consejo-. Al primer momento de debilidad ellas huyen, solo buscan su propio bien. Son unas malagradecidas- solté un suave suspiro y me acomodé en mi silla, intentando reprimir mi ira.

-Veo que le afectó mucho la marcha de esta chica, incluso si dice todas esas cosas; o de otra manera, no conservaría sus fotos- solté cuidadosamente, evitando que siguiera hablando mal de Lena. William se quedó pensativo por al menos un minuto.

-He de confesar que sí me afectó- dijo con un tono de diversión en su tono y no supe si era por el hecho de ser una testigo tan crucial o si fue por su relación pasada-. Si quiere puede poner eso en su historia, como el héroe se enamora de una ramera disfrazada de dama y le rompen el corazón.

Apreté mi mandíbula y mis puños al tiempo.

Desvíe mi mirada fugazmente hacia un lado, la sola vista de William me inundaba de ira, sin poder creer como alguien tan arrogante e inhumano puedo haber conquistado a alguien como Lena. Mi mirada cayó sobre mi maletín, donde tenía el arma que Arthur me había enviado.

En mi cabeza dibujé el escenario de cómo sacaba el arma de mi maletín, y la apuntaba a William directamente, sin hesitar y sin pensar en nada más que en Lena. Apreté el gatillo y la bala penetró directamente en la cabeza de Hyde…

-Sebastian- la voz de William me sacó de mi alucinación y despegué mi mirada de mi maletín, devolví mi mirada y sonreí levemente en disculpa.

-Lo lamento, me quedé pensando en el desenlace de la historia- respondí-. Pasa más seguido de lo que cree, incluso mi esposa me ha regañado- comenté y William asintió con una sonrisa-. ¿Qué me dice de su carrera política? ¿Siempre se ha interesado en ella?

William negó.

-Me interesé cuando servía de teniente coronel, me presentaron a la que hoy es alcalde de Atlanta, querida amiga mía, compartimos ideas similares- en ese instante empecé a ver hilos de sangre bajar por la cabeza de William. Parpadee varias veces, pero la sangre seguía ahí. Había dejado de ponerle atención a William, solo podía concentrarme en la sangre. Bajé la mirada a mi portátil, fingí que escribía algo, y cuando subí la mirada nuevamente, vi la bala en la cabeza de William, pero esta vez la sangre se había congelado. Él seguía hablando, pero de su boca no salía ningún sonido. Su piel se estaba tornando pálida.

Volví a mirar mi portátil.

Mis manos empezaron a temblar.

¿Qué estaba pasando?

-¿Sebastian?- subí la mirada rápidamente y vi a Lena detrás del ensangrentado William.

¿Qué hacía Lena aquí?

-Seb, lo hiciste- me dijo con una sonrisa suave.

¿Qué hice? Vete, Lena. Vete.

-Ahora es tu oportunidad- Lena levantó su brazo derecho, con su mano simulando un arma-. Bang.

-Sebastian- William me tocó el brazo y me saco nuevamente de mi trance, mi cabeza había empezado a doler-. ¿Otra vez se perdió en sus pensamientos?

- ¿Me prestaría su baño? - pregunté, ignorando su pregunta previa.

-Sí. Salga de la oficina, gire a mano derecha, por el pasillo la primera puerta a la izquierda.

Me levanté y me dirigí rápidamente al baño, al entrar y poner seguro a la puerta abrí la llave del agua y mojé mi rostro. Me recosté contra la puerta.

- ¿Estás bien, Seb?- me preguntó Lena, la observé sentada en el retrete por el reflejo del espejo.

- ¿Por qué apareces ahora? - respondí, enojado-. No ahora, Lena. Vete.

- No sabes qué hacer, ¿verdad? Por eso es que solo piensas en matarlo…

-Haz silencio. No es solo eso y lo sabes. ¿No te da rabia todo lo que está diciendo de ti? Prácticamente dijo que eras una trepadora, interesada y pobre prostituta. ¡Y tú no eres absolutamente nada de eso! Tú eres la víctima aquí.

- ¿Y entonces qué vas a hacer? - me preguntó, casi con sarcasmo, dando por hecho que no iba a poder hacer nada.

-Sacaré la verdad, de algún modo u otro- sentencié-. Ahora vete, Lena. Vete- dije para después abrir la puerta del baño y volver con William.

William estaba junto a su escritorio, hablando por teléfono y cuando me vio llegar, dijo algo por el teléfono que me fue imposible escuchar y colgó.

-Lo lamento, Sebastian. Tengo que irme, algo de trabajo importante surgió- se excusó y el pánico entró en mi-. Espero haber ayudado con su historia.

-Te lo dije, Sebastian- habló Lena junto a mí.

-Aún tengo preguntas, William.

-Entonces venga otro día…

- ¿No lo puedo esperar? - pregunté-. Hoy es el único día que tengo libre, no me va a ser posible volver pronto.

William se quedó pensativo, observó su celular y después a mí.

-Me puede tomar lo menos una hora o más volver, es una reunión de emergencia- me respondió y sentí el sudor frío recorrer mi espalda, le había prometido a mi esposa que lo haría rápido y pronto, Lena necesitaba descansar. Yo necesitaba descansar de todo esto.

-Puedo escribir mientras espero. Lamento si es molestia, pero, aunque no lo crea, los escritores tenemos agendas apretadas también- intenté bromear.

El celular de William volvió a sonar.

-Tengo que irme, si me demoro mucho puede irse y le prometo que haré agenda para usted cuando pueda- dicho esto William caminó apresuradamente hacia la puerta y se marchó dejándome solo. Escuché la

puerta cerrarse detrás de mío.

Tragué en seco.

-Es tu oportunidad, Seb. Empieza a buscar- observé a Lena junto a mí, hasta ahora me daba cuenta de que vestía el mismo jean claro desgastado, camiseta blanca y suéter de botones azul oscuro, de cuando la conocí por primera vez.

- ¿Cómo sabías que él se iba? - Lena me sonrió.

-No pierdas el tiempo y empieza a buscar- asentí, me asomé primero por la puerta para asegurarme de que nadie venía; cerré la puerta nuevamente y me dirigí primero al escritorio de William, tenía tres cajones en cada lado. Empecé por el lado izquierdo, en el primer cajón solo había papeles sobre su campaña, contratos y presupuestos. Además de materiales de oficina.

En el segundo cajón encontré más papeles, sobre las personas que estaban en su campaña.

En el tercer cajón había solo papel blanco y tinta de impresora.

Me aseguré de que en ningún cajón no hubiera un fondo hueco antes de pasar a los cajones de la derecha.

En el primero había más materiales de oficina como grapadoras, cosedoras, tintas, clips, calculadora, cinta y demás.

En el segundo solo había carpetas vacías.

Y el tercero estaba vacío.

Levanté la mirada hacia el mueble junto a la puerta y me acerqué a él, lo abrí e indagué en los álbumes, buscando algo que me ayudara a incriminarlo.

Pero no encontré nada.

Y en el estante inferior solo había botellas de licor.

La puerta se abrió y me voltee rápidamente, encontrándome con Esther quien traía una taza en sus manos.

Me observó en silencio, esperando explicación.

Aclaré mi garganta.

-Espero no le moleste, estoy viendo las fotos de William para la construcción de mi personaje- mentí tan bien como pude.

-William me pidió que le dijera que sí se cansa de esperar se puede ir. No creo que le moleste que vea sus fotos, ya veo que iniciaron con otro álbum- dijo dejando el té junto al álbum abierto sobre la mesa y llevándose el té que se había enfriado.

-Gracias- Esther asintió.

-Pídame lo que necesite- asentí y la vi marcharse nuevamente.

Esperé al menos diez minutos antes de agacharme hacia el candado que cerraba las puertas de madera del mueble. Me volví a levantar y busqué por toda la oficina por algún tipo de llaves.

Volví al escritorio y finalicé mi búsqueda en el primer cajón del lado derecho del mismo, sin éxito.

Levemente mi mirada y escaneé la habitación rápidamente con mi mirada, en busca de algo de lo que no me hubiese fijado.

Volví mi mirada al candado y después al cajón que aún seguía abierto; lo primero que vi fueron los clips, tomé dos, dubitativamente. Pero sin más opciones a las cuales recurrir.

Me dirigí nuevamente al candado y empecé a intentar abrirlo con los dos clips.

- ¿Seguro que sabes hacer esto? - escuché a Lena junto a mí.

-Es mejor que nada- respondí-. Lo hacen en las películas, no creo que sea tan difícil- continúe.

-Eso es ficción, Seb. Esto es real- me dijo.

-No puedo dar marcha atrás- sentencié-. Además, ya no sé qué es real o no, estoy hablando con una alucinación...

Escuché un click metálico, y frío en mi nuca.

- ¿Por qué no pregunta mejor por la llave? - me preguntó William a mis espaldas.

Me levanté lentamente y de la misma manera me di la vuelta para

enfrentarme a William, quien me observaba fijamente. Tragué en seco.

- ¿Quién es y qué quiere? - preguntó.

-Sebastian Carpenter- respondí igual de serio, intentando ocultar mis nervios-. Soy escritor…

-Señor Carpenter, ya le dije que a mí me gustan las cosas claras- me interrumpió. Empecé a dirigir mis manos hacia mi saco, pero William bajo el seguro del arma.

-Me dijo que quería las cosas claras, necesito mi celular para explicarle qué quiero- le dije y William asintió sin dejar de apuntar el arma a mí. Saqué mi celular del bolsillo interno de mi saco, lo desbloqueé-. Estoy aquí para averiguar sobre la chica que me dejó repentinamente hace treinta años- comencé a hablar mientras buscaba la foto de Lena, subí mi mirada fugazmente hacia Hyde quien me miraba confundido. Volví a mi celular y me detuve al encontrar la foto de la carta de Lena, le tendí el celular a William-. Su nombre es Lena Baker.

William me miró sorprendido, tomó mi celular sin dejar de apuntarme con el arma. Después de leerlo, William bajó el celular, el arma y empezó a reír, rio tanto que incluso su rostro se tornó rojo.

-Esto es una total pérdida de tiempo. ¿Cuánto le pagó Arthur para hacer esto? - ahora era yo el sorprendido-. Una muy buena carta, se ve casi real, pero no hay manera de que la carta sea de ella.

-La carta es real, tengo pruebas de que la carta es real, testigos que lo vinculan con Lena- dije enojado-. Fue una víctima de abuso y testigo de un asesinato que usted cometió para llegar a donde está ahora. No le bastó con torturarla físicamente, sino que también la atormentó haciendo que escapara como si ella fuera la criminal. Usted es una basura. ¡Usted arrebató a Lena de mi vida! - le grité y después recibí un puño como respuesta.

-Usted solo vino a calumniarme, sabe muy bien que una pelea en contra mía es una perdida. Lena quedó como una traidora después de que escapó cuando empezaron la investigación que me mostró inocente.

-Ya hay dos testigos en su contra, y estoy seguro que las investigaciones empezarán cuando vean que Lena vivió ocultándose. ¿Usted cree que esta es la única prueba? - al decir eso William presionó el arma en contra de mi frente, a pesar de que su voz era tranquila, pude ver en su rostro signos de frustración y susto.

Tragué en seco y observé a William fijamente.

-Solo quiero saber una cosa y le prometo que destruiré todas las evidencias, le prometo que no sabrá nada de mí otra vez.

William me miró de arriba abajo, guardó mi celular en su saco y con la mirada me ordenó volver a la mesa; caminé con él a mis espaldas, sabiendo que aún me apuntaba con el arma, me senté de nuevo en donde había empezado y Hyde en frente mío. Tomó mi grabadora y la apagó para después dejarla junto a él.

-Guarde su computadora- asentí y obedecí, al guardarla vi fugazmente el arma que aún reposaba dentro de mi maletín. Recé en silencio de que no me pidiera mostrarle el contenido y cerré con firmeza el maletín-. Supongo que su pregunta es para saber dónde está Lena.

-Sí. - Respondí-. ¿Dónde está Lena? ¿Está viva?

Sentí que los segundos antes de obtener una respuesta fueron minutos, horas.

-No sé- mis ojos se abrieron de par en par, lo observé fijamente, estaba serio, me miraba de una manera tan fría, que no pude contenerme y me abalancé en su contra. Lo agarré del cuello de la camisa.

- ¡No me salga con esa basura! - exclamé-. Usted la secuestró y torturó, no hizo más que perseguirla… ¿La mató, no es verdad?

No pensaba con claridad, sentía mis manos sudar y mi vista tornarse borrosa.

-Dígame dónde está- le pedí-. Usted apartó a Lena de mí, usted la va a traer de vuelta- William me empujó y me dio otro puñetazo.

-Usted es un loco. Poco tiempo de haber encontrado a Lena en Tennessee, le envié una carta para advertirle que iba a por ella, escapó de nuevo y la encontré cinco años más tarde en Misisipi, trabajaba en un restaurante, en un pueblo fantasma. Para mi desgracia, Lena era muy escurridiza y volvió a escapar de mí; la última vez que supe algo de ella fue hace diez años, en Michigan, pero cuando averigüé a fondo, ella ya se había ido de Michigan, muy probablemente a Canadá. No lo sé, no puedo arriesgarme a buscarla en Canadá, esa bruja no vale la pena.

- ¿Cómo sé que me dice la verdad? Ni siquiera admitió sus crímenes, no puedo confiar en usted- dije en voz baja-. ¿Por qué para empezar la secuestró? Lena lo amó, no debió hacerle eso. Ella confiaba en usted.

-Precisamente por todo lo que pasamos juntos, no la maté. Y ese fue mi más grande error, dejar a Lena viva, siendo un testigo del momento en que asesiné a ese hombre. ¿Qué no me cree?

-Seb…- escuché la voz de Lena-. Cuidado.

-No me importa si me cree o no- dirigí mi mirada al arma que William aún tenía en su mano y lo vi moviéndola para agarrarla
más cómodamente. Me aferré de mi maletín.

-Solo le pido una evidencia de lo que me dice es verdad- dije, intentando que la voz no me temblara. Vi a William detenerse a pensar por dos minutos.

- ¡Ahora, Seb!- me gritó Lena junto a mí, agarré mi maletín con ambas manos y golpeé a William en la cabeza con él. Lo vi soltar el arma y perder el equilibrio.

-Seb, el estante- tomé el arma en mano.

- ¡No es necesario que me lo digas! - respondí y con tres golpes con el arma el candado abrió, abrí el mueble de par en par y de entre tantos papeles, logré encontrar una carpeta que llevaba el nombre de Lena. William se estaba recuperando del golpe cuando lo volví a empujar para buscar mi celular y salir corriendo de ahí hacia mi auto.

- ¿Cuál es el plan? - me preguntó Lena junto a mí, en el auto, mientras yo arrancaba.

-No tengo ni idea.

Capítulo 14

CAPÍTULO XIII

Las manos me temblaban al volante, intenté organizar mis pensamientos mientas salía a la carretera. Tomé mi celular y le marqué a Arthur.

-Sebastian- respondió.

-Ya tengo toda la información- dije mientras observaba hacia atrás, cerciorándome que no estuviera siendo perseguido.

- ¿Qué pasó con William? - me preguntó.

-Lo golpeé en la cabeza y estaba en el suelo cuando salí de ahí.

- ¿Y las pruebas? - volteé al lado mío a observar rápidamente la carpeta y mi maletín sobre la silla del copiloto. Aparté los papeles para abrir el maletín y sacar el computador, el cual seguía encendido.

-Tengo los papeles…

-Seb, tu familia- me advirtió Lena, sentada en las sillas de atrás.

- ¿Qué hago con mi familia, Arthur? - dije, más asustado que antes. Sintiéndome como un imbécil por no haber pensado en su seguridad antes.

- ¿No les dijiste que se fueran? - me preguntaron Arthur y Lena al mismo tiempo, pero no respondí. Escuché a Arthur suspirar al otro lado del teléfono.

- ¿Dónde están? - me preguntó Arthur, miré la hora rápidamente en mi reloj: faltaban quince para la una.

-Mi esposa debe está recogiendo a Abigail de la escuela- respondí, manejando tan rápido como podía.

-Llama a tu esposa y dile que se quede en un lugar con muchas personas, William debe estar esperándola en tu casa.

- ¿Por qué no llamamos a la policía? - pregunté.

-Es muy probable que William conozca a alguien de adentro. Ni siquiera sé si en un parque van a estar seguras. Por ahora esconde esos papeles, voy

a llamar a un conocido- dicho esto, Arthur cortó la llamada. Marqué el número de mi esposa en seguida, pero no hubo respuesta, así que aceleré aún más.

- ¡No puedo creer lo idiota que soy! - exclamé.

-Seb, no es hora de lamentarse. Todo va a estar bien- me dijo Lena.

- ¿Bien? - respondí sarcásticamente-. Nada está bien, Lena, mi esposa e hija pueden estar en peligro y estoy a hora y media de ellas. No puedo hacer nada.

-No es tu culpa, Sebastian…

-No, no lo es- la interrumpí-. Es tu culpa, si no te hubieras aparecido en mi vida de nuevo, no estaría aquí, no hubiese actuado tan imprudentemente. ¡No estaría asustado por la seguridad de mi familia! Ni siquiera sé si eres real o no, lo único que has hecho desde que apareciste es volverme loco, soy un maniático que habla con un fantasma que puso a su familia en peligro.

-Seb, no…

-Cállate, Lena. No quiero escucharte más. ¡Lárgate!

-Si es lo que quieres, Seb. Está bien. - Dijo Lena suavemente.

Miré al retrovisor y Lena se había ido.

Estaba en el auto, solo otra vez y recordando el último día en el que estuve con Lena, donde le había gritado exactamente las mismas palabras que le había acabado de decir.

La hora y media de camino se me hizo eterna, las sentí como un día entero al no haber recibido ninguna respuesta de mi esposa, o de Arthur… O de Lena.

Al llegar a mi casa, bajé rápidamente del auto, vi el auto de mi esposa parqueado. Observé los alrededores y no vi otros vehículos. Corrí adentro de la casa y abrí la puerta de par en par.

- ¡Abigail! ¡Querida! - grité mientras buscaba en la casa por ellas-. ¿Abigail? - pregunté yendo a su cuarto, el cual estaba desocupado. - ¿Hay alguien en casa? - grité desesperadamente.

- ¡Papi! - escuché a mi hija desde mi habitación; me dirigí hacia ella rápidamente y la encontré intentando zafarse del agarré de un hombre vestido con una camisa negra y pantalón del mismo color, quien sostenía sus pequeños brazos con tal firmeza que mi garganta se cerró al pensar que podía hacerle algo peor a mi hija. A su lado estaba mi esposa, con otro hombre igual de grande al primero, con sus manos grandes y llenas de llagas sostenía un arma que apuntaba a la cabeza de mi esposa, quien, al igual que Abigail, se veía frágil y asustada al lado de aquellos hombres.

-Déjenlas ir- pedí, acercándome lentamente-. Les daré todo, les devolveré todo lo que me llevé, pero por favor no les hagan daño.

- ¿Dónde están? - preguntó el hombre que tenía de rehén a mi hija, con voz tenue y gruesa.

-En mi auto, en la silla del copiloto- respondí, a punto de darme la vuelta para ir por ellos, pero un tercer hombre de negro, me impidió salir de la habitación bloqueando la salida con su cuerpo-. Voy a ir por ellos, están en mi auto…

-No hace falta- interrumpió la voz de William, sorprendiéndome. Volteé a verlo y se estaba acercando a mí, con los papeles en la mano y con la mirada fija en mí, y cuando estuvo lo suficientemente cerca de mí, sentí como su puño impactó en mi rostro.

-¡Sebastian!- escuché gritar a mi esposa mientras Abigail empezaba a llorar, el golpe me hizo perder el equilibrio, pero pude evitar caer al suelo. Levanté la mirada y observé a William.

-Déjelas ir, ellas no tienen nada que ver con esto. Mi esposa no sabe nada y mi hija solo tiene seis años- William las miró por unos segundos para después volverse a mí y golpearme nuevamente. Esta vez el golpe me hizo caer al suelo, el llanto de Abigail se hizo más fuerte y escuché a mi esposa gritar cuando William me agarró del pelo.

-Estuve a nada de hacer que se chocara en la carretera- me susurró-, pero decidí que esta era tortura mejor por ser tan entrometido- William soltó otro puño hacia mi rostro el cual estaba empezando a sentirse adormecido, hilos de sangre empezaron a salir de mi boca. Pero la tragué y sostuve el pie de William.

-Déjelas ir, por favor- rogué mirando hacia arriba para verlo a los ojos, pero William se soltó de mi débil agarre y caminó hacia mi esposa; el hombre de negro la soltó para dejar que William tuviera espacio, el hombre agarró el rostro de mi esposa entre una de sus manos y la

apretó:

-Tiene una esposa muy linda y desperdicia su tiempo pensando en otra mujer, que es muy probable que esté muerta. Arriesgando la vida de su hija también- los ojos de mi esposa estaban cerrados, lágrimas caían de sus ojos haciéndome sentir como un idiota, el más grande del planeta. William estiró su mano hacia dónde estaba el hombre de negro que antes tenía a mi esposa y este le tendió el arma, para después apuntarla nuevamente a la cabeza de ella. Bajó el seguro. El miedo se apoderó de mí, no quería verla morir, no al frente mío ni de mi hija, tenía que pensar en algo rápido, tenía que hacer tiempo:

-Si nos mata van a investigarnos y van a encontrar toda la evidencia de Lena, sospecharán de usted otra vez- aquello hizo que ganara la atención del exmilitar-. Le dije que tenía más evidencia, ¿verdad? Si nos mata, van a buscar por evidencia en toda la casa, tengo evidencia que lo conecta con Lena y también hay evidencia de mi reunión con usted, usted será el primer sospechoso y con las evidencias, ni siquiera usted podrá salir absuelto- William me miró con rabia.

- ¿Dónde están? - preguntó.

-No la lastime y les diré dónde están- William lo pensó casi por un minuto, un minuto donde solo se podía escuchar el llanto de Abigail, estuve a punto de intentar persuadirlo más, pero me quedé callado al ver cómo bajó el arma y me observó nuevamente.

- ¿Dónde están las pruebas? - tragué en seco antes de responder.

-En mi oficina- dije; William le entregó los papeles que yo había robado antes, al hombre que retenía a mi hija, William tomó a Abigail del brazo y la hizo caminar hacia mí, haciendo que mi corazón empezará a latir rápidamente nuevamente.

-Lléveme a las pruebas- lo miré con odio y desprecio-. Me pidió que no la lastimara a ella- aclaró señalando a mi esposa-, no me dijo nada de su hija. Ahora, camine.

Caminé lo más despacio que pude, con William y mi hija detrás mío, pensando en mis posibilidades; No podía llamar a Arthur, no sabía qué estaba haciendo, a este punto no estaba contando con su ayuda; tenía mi celular en el bolsillo para llamar a la policía, pero un paso en falso y alguien podría salir muerto. Asumí que el arma seguía en mi auto con mi laptop y mi maletín al ver que Arthur solo llevaba los documentos. Tenía que pensar cómo llegar a mi auto con Abigail y mi esposa sin salir heridos o muertos.

Llegamos a mi oficina y caminé a mi escritorio, lo abrí y saqué todo lo que era de Lena, desde su diario hasta sus álbumes y demás, todo lo que alguna vez pudo haber sido creado por ella, había vuelto a ser controlado por William. Todo estaba encima de mi escritorio, así que William tuvo que acercarse para verlo mejor, con una mano sostenía a Abigail del brazo y con la otra, que aún sostenía el arma, tomó el diario de Lena.

-Todo lo que lo vinculó una vez con Lena está aquí- dije con dolor, no sólo por mi hija que moría de miedo, sino también por Lena, quien al final, no pudo revelar la verdad-. Llévese todo, pero déjenos en paz- dije, mientras lentamente dirigía mi mano al ratón de mi computador que seguía ahí, era lo único que había y tal vez si lo lanzaba a William, podía ganar tiempo para decirle a Abigail que corriera y se escondiera en el auto.

William bajó el diario y siguió con las cartas, tenía el ratón en mis manos, esperando el mejor momento; estaba observando atentamente, cada movimiento, cada respiración, inclusive creí que vi un rayo de tristeza asomarse a sus ojos cuando leía las cartas de Lena.

Aproveché aquella oportunidad para lanzar el objeto, empujé a William y me llevé a Abigail del brazo.

-Corre, Abigail, ve a buscar ayuda- le dije mientras la empujaba hacia la puerta.

-Papi. Papi- lloraba mi hija.

-Ve, hazlo por mamá. Corre- casi rogué, pero ella seguía sin responder a mis palabras.

-¡Sebastian!- gritó William, seguido del estruendo que hizo el arma al disparar. Abracé a Abigail y la aferré a mi cuerpo; poco después sentí un dolor punzante en mi brazo derecho, donde la bala había impactado. El ruido llamó la atención de uno de los hombres de negro, quien se acercó a la escena.

-Tráiganlos a la habitación. - Ordenó William y el hombre me arrastró con una de sus manos mientras que con la otra se encargó de mi hija.

Volvimos a la habitación donde mi esposa estaba sobre la cama atada, estaba llorando, pero al vernos entrar vivos, pude ver un leve rayo de alivio, el cual desapareció cuando el hombre lanzó a mi hija hacia el piso, haciendo que llorara aún más fuerte.

-Por favor, déjelas ir, mi hija solo tiene seis años y mi esposa no sabe nada- pedí nuevamente, desesperado, deduciendo lo que seguía después de ver como el mismo hombre que empujó a mi hija, bajo el seguro del arma. William estaba cerca al segundo hombre que seguía custodiando a

mi esposa sobre la cama, quien había dejado de llorar y había entrado en un estado de shock, sin quitarle la mirada a Abigail. Observé mi cuarto, desesperado, y sintiéndome insignificante; las dos ventanas que apuntaban afuera estaban cerradas y las cortinas blancas también.

Las mesitas de noche a cada lado de mi cama estaban desordenadas, con los cajones abiertos y las pertenencias por fuera, sobre el piso y sobre la cama, debajo del cuerpo de mi esposa. La puerta que dirigía al armario también estaba abierta de par en par, concluí que también habían buscado en mi armario al ver ropa en el piso. Había estado en esta habitación por aproximadamente una hora, y hasta ese momento, lo había detallado, ¿por qué? Porque probablemente sabía que en lo que seguía después iba a cambiar mi vida por completo, o, mejor dicho, la iba a acabar. William estaba ahí, observándome fijamente con una sonrisa cínica; disfrutando del espectáculo, los hombres de negro no tenían ninguna expresión, mi esposa seguía en shock y mi hija ya no tenía voz para seguir llorando.

-Dispara. - Ordenó William.

El cuarto quedó en silencio lúgubre después del sonido de la bala impactar.

Capítulo 15

CAPÍTULO XIV

-Baje el arma- escuché ordenar a un hombre detrás mío, de donde había salido el disparo e impactado en la mano del secuaz de William. Sentí como me soltaron del agarre del hombre de negro, y cinco uniformados entraron a la habitación para retener a William y al otro hombre, me lancé hacia mi hija para rodearla con mis brazos y acunarla en ellos.

La alcé en mis brazos para ir por mi esposa, desaté la cuerda con la que la amarraron y la acerqué a mí para abrazarla junto con Abigail, mi esposa la abrazó y besó sin fin.

- ¿Señor Carpenter?- subí mi mirada al policía que me llamó-. Soy el comandante Simmons, ¿se encuentran bien? - preguntó poniéndose a nuestra altura-. La ambulancia llegará en breve, por ahora están a salvo- asentí.

-Gr…gracias- murmuré, apretando a mi familia aún más.

-Hay alguien que quiere hablar con usted- me dijo mientras me ofrecía su celular. Lo observé, y este me insistió en recibir el objeto; obedecí y me llevé el celular a mi oreja.

-¡Sebastian!- exclamó Arthur al otro lado de la línea-. ¿Están bien?

-Estamos vivos- respondí, observando a mi hija y a mi esposa, quienes seguían abrazadas.

-Lo lamento si me demoré, el comandante Simmons tuvo que esperar a que hubiera indicios de que algo pasaba para actuar, de otra manera no hubieran podido intervenir o ingresar a tu casa.

- ¿A qué te refieres? - pregunté.

-Conozco al comandante de hace algunos años, también tenía cuentas sin cobrar con William. Le comenté brevemente lo que pasó, así que le pedí que hiciera guardia en tu casa, pero por ley no puede actuar si no hay nada sospechoso, así que tuvo que esperar un buen tiempo en patrulla, estuvimos hablando todo el tiempo, incluso yo escuché el disparo.

-Dios…- dije en un suspiro-. Me dispararon en un brazo; casi matan a mi

hija, Arthur. ¿No pudieron asomarse por las ventanas?

-No podíamos arriesgarnos a que alguien de parte de William estuviera observándonos, además, eso hará que le den más cargos a William- rodé mis ojos ante aquel comentario.

En ese momento los paramédicos entraron a mi habitación, una mujer se llevó a mi hija y a mi esposa y un hombre me llevó con él hacia la ambulancia.

-En fin, voy a dejar que descanses, te lo mereces. Yo me encargo de lo demás- continuó Arthur-. Debiste haberme dicho desde un inicio que grabaste toda tu conversación con William.

-Así es, usé la grabadora de mi computador, por suerte no se dio cuenta…- me detuve en seco, para preguntarle cómo lo sabía.

-Filtré el clip que me enviaste anónimamente por casi todas las plataformas, cuando puedas revisa las noticias, William va a ir a la cárcel. Pero de eso hablamos después, descansa primero.

-Ok…- balbuceé y Arthur colgó.

De camino al hospital no pude dejar de pensar en cómo Arthur recibió los audios, no había tenido tiempo ni siquiera de decirle sobre ellos, de la casa de William a la mía y entre todo lo que había pasado, no pude ni tocar mi computador.

Al llega al hospital, me acomodaron en una habitación quirúrgica donde empezaron a preparar todo para retirarme la bala.

-¿Seb?- escuché junto a mí y volteé para encontrarme a Lena, vistiendo los mismos jeans desgastados y camisa blanca que usó cuando nos conocimos.

- ¿Lena? - susurré debajo de la máscara que me había puesto para adormecerme.

Lágrimas se formaron en los ojos de Lena.

-Que alivio que estés bien- dijo.

-Fuiste tú, ¿verdad? Tú fuiste la que le envió el audio a Arthur- insinúe mientras sentía la anestesia hacer efecto en mí.

Lena solo sonrió en respuesta.

-Fuiste tú, ¿verdad? - repetí, esforzándome por no cerrar los ojos. Lena sonrió y después de eso, sin poder evitarlo, mis ojos se cerraron.

-¡Seb!- exclamó Lena a mi yo de diez años. Estábamos en mi cuarto, ella junto a la puerta y yo frente a ella.

- ¿Por qué le dijiste a papá sobre el jarrón! ¡Me va a matar!

-Seb, no seas exagerado…

- ¡No! - la interrumpí-. Te odio, eres la peor niñera del mundo.

-¡Sebastian! Si no decías la verdad, la decía yo- me respondió, enojada-. Tú papá casi regaña a Emma y eso no es justo.

-Cállate, Lena. No quiero escucharte más. ¡Lárgate! ¡No te quiero aquí! - le grité, Lena me miró sería.

-Mi trabajo es cuidarte, Sebastian, así que, incluso aunque no me quieras contigo, yo siempre te voy a cuidar- respondió con un tono suave pero firme, se dio la media vuelta y se fue de mi habitación cerrando la puerta detrás de ella.

A la mañana siguiente, mis padres me dieron la noticia de que se había ido.

Abrí mis ojos, parpadeé varias veces seguidas para acostumbrarme a la luz de la habitación. Observé a mi alrededor hasta poder reconocer que estaba en la habitación de un hospital; tuve cortos episodios de recuerdos míos en la cirugía para retirar la bala de mi brazo.

Tenía un nudo en mi garganta, la imagen de Lena junto a mí era muy nítida, pero se mesclaba con imágenes de cuando era niño, haciéndome dudar.

- ¿Lena? - llame en voz alta con la esperanza de que ella apareciera. - Fuiste tú, ¿verdad? - pregunte nuevamente. - Si fuiste tú la que envió los audios, por favor dime. ¿Eso significa que estás muerta? ¿Eso significa que nunca estuviste en mi cabeza? - aquellas ultimas preguntas las hice más para mí que para Lena, quien nuca respondió a ninguno de mis llamados. Pero no la culpaba, si una de las ultimas cosas que le dije fuera que no la quería cerca de mí, así como le dije cuando era un niño, y al siguiente día ella desapareció.

Estuve solo por al menos diez minutos hasta que entro una enfermera seguida de mi hermana, Emma.

-¡Sebastian!- exclamo mi hermana mientras se acercaba a mí.

-Hola, Emma- salude en voz baja-. ¿Dónde están mi hija y mi esposa? - pregunté mientras me incorporaba.

-Ellas están bien- respondió ayudándome-. Están en otra habitación, un oficial está hablando con tu esposa sobre lo que paso- hice una mueca ante esa respuesta.

- ¿Cómo se encuentra su brazo, Señor Carpenter?- me preguntó la enfermera.

-Duele un poco- respondí intentando moverlo.

-Por favor no lo mueva. Por fortuna la cirugía fue pequeña y rápida, no le quedará cicatriz si no se molesta la herida, tiene que cambiar la gasa y desinfectar todas las noches. Si sigue estas instrucciones estará como nuevo- dijo la enfermera mientras revisaba mi herida.

- ¿Puedo ir a ver mi familia? - pregunté a la enfermera y ella asintió con una sonrisa mientras cubría mi brazo.

Emma me ayudó a ponerme mis zapatos y me llevó a la habitación de mi esposa, estaba acostada en la cama con Abigail sentada en sus piernas mientras veían televisión, le sonreí cuando me vio entrar, pero ella no supo exactamente como saludarme.

Emma se llevó a Abigail y yo me senté junto a ella en una silla.

- ¿Cómo te sientes? - le pregunté.

-Estoy bien- respondió casi susurrando, pero sabía que ella quería decirme lo contrario.

-No importa lo que diga, no hay excusa por haberlas puesto en peligro. Después de todo me lo advertiste- no hubo respuesta por parte de ella. La

había lastimado, no solo físicamente, ¿todo habrá valido la pena? No había visto las noticias aún, pero Arthur dijo que todo había sido expuesto, la historia de Lena será escuchada.

Pero a cambio dañé a mi familia.

-Si quieres me puedo quedar con Emma por un tiempo- sugerí al no recibir ninguna respuesta por parte de mi esposa-; todo el tiempo que necesites para sanar y aclarar tu mente...

Vi como ella me dio la espalda levemente para después asentir mientras llevaba una de sus manos a su rostro para limpiar una o más lágrimas.

-Entiendo- dije suavemente-. Lo lamento mucho, querida. Pero te puedo asegurar que todo terminó. Llámame cuando estés lista...Estaré esperando- me encaminé a la salida cuando la voz de ella me detuvo antes de pasar por el umbral de la puerta.

- ¿De verdad todo terminó, Sebastian?

Capítulo 16

EPILOGO

El día estaba claro y soleado, la luz se filtraba por la ventana que mantenía abierta para dejar que el aire circulara en mi oficina.

Después de pasar una semana con Emma, decidí volver a mi ciudad para estar más cerca de Abigail y aunque ella no lo quisiera, de mi esposa también. Estaba viviendo en un pequeño apartamento que había arrendado, y visitaba a mi esposa e hija casi todos los días.

Arthur se comprometió a ayudarme a averiguar más sobre Lena después de escuchar que la última vez que la vieron fue en Michigan, hace diez años, pero me rehusé.

Había logrado revelar la verdad, si Lena seguía viva le llegaría la noticia de William y ella aparecería.

¿Y si no funciona?

Esa es la misión de este libro, duré un año recolectando toda la evidencia y duré otro escribiendo este libro, sin saber realmente si quería ser publicado; pero al final quería que llegara a Lena y hacerle saber que todo ha pasado, y también de que es mi turno de dejarla ir. Lena es hora de que seas libre, no hay nada que te ate a William o a mí, eres libre de seguir viviendo, eres libre del miedo. Eres libre de gritar al mundo tu dolor, y a dejar de callar todo lo que tienes dentro de ti.

No estabas sola, Lena, nunca lo has estado y nunca lo estarás.

FIN.